459

El Ambicioso ó la dimisión de un ministro.

6

EL AMBICIOSO,

ó

LA DIMISION DE UN MINISTRO.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS

POR MR. SCRIBE:

TRADUCIDA

POR D. VENTURA DE LA VEGA

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

PERSONAS.

Jorge II, rey de Inglaterra.
Roberto Valpol, su primer ministro.
Enrique Sorter, su sobrino.
Nieubrog, médico.
Margarita, su hija.
Cecilia, hija del conde de Sunderland, lectora de la reina.

ACTO PRIMERO.

(Gabinete de Nieubrog; puerta al fondo; dos puertas; dos ventanas laterales.)

ESCENA PRIMERA.

NIEUBROG. MARGARITA.

Nie. Qué Londres! (*Sentado junto á una mesa á la izquierda.*) Qué maldita ciudad para un hombre estudioso, para un médico enemigo del ruido!... Cierra esa ventana.

Mar. Voy, papá. Es á lo último (*Cerrándola.*) de la calle, allá en la plaza donde estan los tablados para las elecciones

Nie. Es un alboroto infernal.

Mar. Quisiera saber quién será elegido diputado.

Nie. Y eso qué te importa?

Mar. Nada. Pero me gusta saber noticias.

Nie. Noticias! No nos faltarán. Ya sabes que en Inglaterra los médicos tienen mucho que hacer el dia de las elecciones. No me faltarán hoy algunas costillas rotas, algunas cabezas abiertas.

Mar. Ay Dios mio!

Nie. La libertad de los votos! (*Indicándole una silla.*) Siéntate aqui á mi lado.

Mar. Para leeros las (*Indicando unos pliegos impresos que hay sobre la mesa.*) pruebas de

vuestro último folleto que han traido esta mañana de la imprenta?

Nie. No, no. Tú tratas de cortar la conversacion que habiamos empezado, y yo quiero seguirla. Por qué no admites á tu primo, sir Tomás Kinston?

Mar. Porque es tan jóven, y no tiene destino ni carrera.

Nie. Es abogado.

Mar. Y tan juicioso... que no habla nunca.

Nie. No habla nunca! en el tribunal, es verdad; pero en otras partes habla mucho: es de la oposicion.

Mar. No es ese el medio de conseguir destinos.

Nie. Es verdad; pero en fin, si tuviera algunos miles de libras esterlinas que ofrecerte, qué dirias?

Mar. Diria que prefiero quedarme soltera.

Nie. Ahora?

Mar. Y siempre. Qué tiene eso de estraño? Qué marido puede proporcionarme la felicidad que gozo á vuestro lado? Nunca tengo penas, ni disgustos. Vos solo los teneis, y es por causa mia; no hay en el mundo un padre mejor ni mas condescendiente. Vos haceis todo lo que yo quiero.

Nie. No siempre. Ahora no puedo reconciliarme con esa idea que tienes de quedarte soltera. Tú una solterona! Siempre he estado soñando con este casamiento, que me ocupa sin cesar, con el yerno que no he encontrado todavía y ya lo quiero, con los nietecillos, que tambien me mandarán lo mismo que tú... y luego, Margarita, á tu edad no se reflexiona. Tú no has

pensado nunca que no somos ricos, ó por mejor decir que somos pobres.

Mar. Cómo pobres? Pues qué nos falta en casa? Qué tenemos que desear?

Nie. Por mi parte no tengo (*Levántase.*) ambicion, ya lo sabes; pero la tengo por tí. Todos mis condiscípulos, todos mis compañeros de la universidad de Cambridge han hecho fortuna en el mundo, son ahora ricos negociantes, lores, generales, ministros, y yo siempre médico del pueblo donde nació mi padre: alli he pasado mi vida sin servir de nada á sus habitantes, como no sea de alargarles la vida cuanto me era posible: por fin, te hiciste grande, y fue preciso pensar en tu educacion: nos establecimos en Londres, y hace cinco años que vivimos en este barrio retirado, donde me he hecho mi poco de clientela en los pisos altos: artesanos, estudiantes, á todos los curo, y todos son amigos mios. Porque en los pisos altos hay mucha amistad, pero poco dinero. Por esto, hija mia, me ha sido preciso para juntarte un buen dote recurrir á mi pluma y componer de cuando en cuando algunos folletos políticos, que, gracias á Dios, se venden bastante bien; pero si el mejor dia me voy á unir con tu pobre madre, si llego á morir...

Mar. Ah! en eso no habia yo pensado nunca. Y por qué me decis eso? (*Enfadada.*)

Nie. Margarita!

Mar. Esta es la primera vez que me (*Llorando.*) dais una pesadumbre... Pensar en morir... ahora...

Nie. Pues bien, no, no me riñas, no me moriré.

Mar. Enhorabuena! Qué pensamientos son esos?

Nie. Tú tienes la culpa. Algunas veces me pongo triste sin querer.

Mar. Cuándo?

Nie. Cuando te veo triste. Hace algun tiempo que lo estás, y yo me vuelvo loco preguntándome: quién la puede atormentar? Yo no soy: algun secreto tiene que me oculta, alguna pena en el corazon.

Mar. Yo?

Nie. Toma! A tu edad no tendria nada de estraño! Harias bien, hija mia, tendrias razon... pero en ese caso debias decirmelo, porque yo no lo adivinaria.

Mar. Ciertamente, os lo diria si llegara el caso... si yo estuviera segura... pero no, papá, no tengo nada.

Nie. Con que me he equivocado?

Mar. Sin duda.

Nie. No lo estraño: á los médicos (*Con frialdad.*) nos sucede muy á menudo. Con que al pobre Tomás Kinston... el resultado de nuestra conferencia es que..

Mar. No hablemos mas de eso. (*Acariciándole.*)

Nie. En hora buena; no hablemos mas de eso. Y cómo le cuento yo ahora esta repulsa?

Mar. Como os parezca. (*Sale un criado con la bandeja del té.*)

Nie. Siquiera en esto no me contradices. Si pudiera al menos endulzarle esta respuesta con alguna buena noticia?... Si tuviera favor para ayudarle en el logro de ese empleo que solicita?...

Mar. Si quisierais os sería muy fácil. (*Haciendo el té.*)

Nie. Cómo?

Mar. Con una sola palabra que le dijerais á vuestro antiguo compañero de colegio... á Roberto Valpol.

Nie. El primer ministro? Jamas.

Mar. Y por qué no? Vuestro padre el doctor Nieubrog no era su maestro? Vos no os habeis educado con él en Cambridge? No erais amigos íntimos?

Nie. Sí, en otro tiempo. Cuando él simple estudiante de teología y yo estudiante de medicina, haciamos bolsa comun; pero despues...

Mar. Despues! Qué injusticia! vos no habitabais entonces en la capital, viviais lejos de él, y sin embargo, en los principios de su elevacion bien á menudo os escribia.

Nie. No digo que no; pero tampoco hacia mas que pagarme: el único papel que salió entonces en defensa suya, esas Cartas que se atribuyeron despues á Congreve y á Addisson, esas Cartas Irlandesas, cuyo autor nadie ha conocido, ni el mismo Valpol, de quién eran? Mias! Y cuando vió á sus enemigos caidos, cuando se vió dueño del poder, ó mas bien soberano absoluto de los tres reinos... se acordó siquiera una vez de su antiguo amigo? No me ha olvidado desde entonces á mí, que no pedia empleo, ni honores, ni pensiones? A mí, que no le pedia nada al ministro... nada, sino que me devolviese mi amigo? Y el ministro me lo ha robado: eso es lo que no le perdonaré jamas.

Mar. Sí, ha habido por su parte descuido, olvido tal vez; pero no es vuestra en parte la culpa? En los cinco años que estamos en Lon-

dres, por qué no habeis tratado de verlo?

Nie. Por qué? Porque él es rico y yo soy pobre! Porque él es gran señor, y yo no soy nada. A él le tocaba dar el primer paso, á él le tocaba venir á verme; al menos en su lugar yo lo hubiera hecho, hubiera dejado mi palacio, hubiera ido á pie á casa de mi amigo para abrazarle, para darle la mano... eso hubiera valido mas que nombrarme médico del rey! Pero Valpol ahora no entenderia este lenguaje, porque has de saber, hija mia, que Valpol es un ambicioso, y la ambicion seca el corazon. Asi, no me hables mas de él, y quedémonos como estamos. Yo no le pediré nada... no lo merece. Tomemos el té, que ya debe estar.

Mar. Bien: pero hay (*Sentándose y sirviéndole el té.*) á su lado personas que lo merecen, que son dignas de vuestra amistad, y estoy segura de que si os dirigis á lord Enrique Sorter, su sobrino...

Nie. Ese es diferente. (*Tomando el té.*) Es un escelente jóven, ese no es un ingrato.

Mar. Oh! No .. Y si vos le oyerais hablar de vuestros talentos, del cuidado con que le habeis asistido...

Nie. Qué mérito hay en eso?... Un pistoletazo, una pierna rota... Cualquiera de mis compañeros lo hubiera curado mejor y mas pronto que yo. Pero lo que tal vez no hubiera hallado entre ellos, sería una enfermera tan bonita, y sobre todo tan asistente.

Mar. Quién no habia de interesarse por ese pobre jóven que sufria tanto y con tanto valor? Y qué miedo tuve aquel dia, cuando oí á las cinco de

la mañana llamar á nuestra puerta... Señorita... señorita... Dos oficiales que se han batido fuera de la ciudad, junto á las paredes de vuestro jardin... aqui traigo uno herido... y veo entrar á lord Enrique pálido y ensangrentado.

Nie. Qué quieres? Esos diablos de muchachos son todos asi... y nunca le he preguntado la causa de su desafio; pero facilmente he adivinado que será alguna intriguilla amorosa.

Mar. Intriguilla amorosa! Qué estais diciendo?... Lord Enrique intrigas amorosas!... Es incapaz de eso... estoy segura, porque me lo ha contapo todo... y aunque me encargó el secreto...

Nie. De veras? Te ha confiado...

Mar. Y por qué no? Vos le prohibísteis andar, pero no hablar... y en tres meses que ha estado aqui...

Nie. Tiempo habeis tenido de hablar.

Mar. Todos los dias... era preciso distraer al enfermo.

Nie. Por supuesto. Aqui en Inglaterra no somos tan desconfiados como nuestros vecinos del continente, y concedemos á nuestras hijas una libertad de que no abusan jamas.

Mar. Decis muy bien. Y si supiérais qué franco es y qué honrado, qué modesto y qué respetuoso, para ser gran señor... qué amante de su pais, y sobre todo de su tio... El desafio fue por él. Sí, papá: él estaba en el Northumberland con una comandancia superior, cuando leyó en los papeles públicos que al salir de una sesion del parlamento... un coronel, lord... no me acuerdo del nombre... habia insultado al primer ministro, á Roberto Valpol, á un ancia-

no... Al momento marchó sin decir nada... sin prevenir á su tio... llega al amanecer á casa de milor, y le dice con un tono de firmeza... caballero... en fin, yo no sé lo que le dijo... pero muy bien dicho, y la prueba es que se batieron, que lord Enrique salió herido, y que no ha contado este desafio á nadie, porque si se hubiera sabido, el rey hubiera destituido á su adversario, y éste con mucha generosidad fue á ver al ministro, y le dió sus disculpas. Esto es lo que ha pasado, y ahora salen diciendo que han sido intrigas amorosas. (*Levántase.*) No lo digo por vos, papá... vos lo habeis dicho sin intencion... pero puede correr; y asi es como se esparcen las voces y las calumnias contra los jóvenes

Nie. Eso es otra cosa! (*Levántase.*) Pero calla... No oyes un coche que ha parado á nuestra puerta?

Mar. Él es... Es lord Enrique.

Nie. Quién te lo ha dicho?

Mar. No es dificil adivinarlo... no teneis muchos clientes de coche... él es el único. Ea, papá, no tengais miedo; pedidle un empleo para sir Tomás mi primo, á fin de que sea felíz como Valpol, y no se vuelva á acordar de mí.

Nie. Ya varias veces le he apuntado algo á lord Enrique, pero si en tratándose de pretender soy tan torpe... Mejor sería que lo hicieses tú.

Mar. Que yo lo haga?

Nie. Es decir...

Mar. Bien, bien; yo lo haré... á mí no me cuesta nada... aqui viene.

ESCENA II.

DICHOS. ENRIQUE.

Nie. Tan pronto! Ha subido como un relámpago!

Enr. Gracias á vos, mi querido doctor, que me habeis vuelto mi pierna.

Nie. Está ya fuerte?

Enr. Perfectamente!... Mañana en el baile de la corte, á que la reina Carolina acaba de convidarme, vereis cómo bailo.

Mar. Será una imprudencia.

Enr. Por mí no bailaria, mis Margarita; no tengo aficion, pero quiero hacer honor á vuestro padre, á quien debo tanto, y no sé de qué modo pagárselo... Asi es, mi querido doctor, que vengo á anunciaros una cosa que acaban de participarme... y que á la verdad, no sé si os causará placer. Vuestro sobrino el abogado sir Tomás Kinston, aunque no muy partidario del ministerio, segun dicen, acaba de ser nombrado primer consejero del rey en el tribunal de justicia.

Nie. Es posible!

Mar. Y á vos lo debemos.

Enr. Nada de eso. (*Sonriéndose.*)

Nie. Sí tal: vos me habeis adivinado.

Mar. Sí, milord; ese empleo que tan generosamente se nos ha concedido, yo estaba encargada de pedíroslo.

Enr. De veras?

Mar. Iba á presentaros el memorial.

Enr. Entonces, mis Margarita, me debeis un memorial, porque este ya no entra en cuenta; pe-

ro ya en breve no necesitareis de mi influjo, porque vuestro padre va á entrar en la carrera de los honores.

Nie. Qué quereis decir?

Enr. Que me ha costado un trabajo llegar hasta aqui... Tal es la multitud que rodea los hustings de las elecciones, y por todo el barrio no se oye sonar otra cosa que el nombre del doctor Nieubrog.

Nie. Yo! Si en mi vida he pensado...

Mar. Callad. (*A Enrique.*)

Nie. Cómo!... Qué es eso?... Qué significa esto?

Mar. Que otros han pensado por vos. Que mi primo sir Tomás Kinston, y sus amigos de la oposicion, hace mucho tiempo que deseaban haceros entrar en la cámara de los comunes... y yo les he dicho siempre: no se lo propongais á papá, porque dirá que no.

Nie. Por supuesto.

Mar. Y segun parece, ellos en vuestro nombre y sin preveniros...

Nie. Qué locura! Elegirme á mí para oponerme al candidato ministerial... Yo, que no soy conocido, ni tengo fama...

Mar. Os equivocais: todos los pobres del barrio son vuestros clientes, los curais de valde...

Enr. Y ellos os pagan con su voto...: No puede darse eleccion mas natural ni mas justa. Pero no sabia yo, doctor, que fuéseis médico de la oposicion.

Mar. No señor: es médico del (*Con intencion.*) ministerio... Bien lo sabeis vos.

Nie. Médico de todo el mundo, hijos mios: la medicina es como la religion... no pertenece á

opinion ninguna... es del partido de todo aquel que dice: estoy padeciendo!... A éstos solo debo consagrarme; y por lisonjeros que sean los sufragios de mis conciudadanos, aunque los reuniera todos, que no lo creo...

Mar. Lo rehusariais?...

Nie. Sin vacilar. Tan enemigo me crees de mi reposo, de mi felicidad, que acepte semejantes funciones? En mi estado de médico me veo estimado, considerado... tengo algun acierto. En la cámara será otra cosa; alli es preciso que un diputado tenga talento, y talento á mano.

Mar. Qué!... La cámara da crédito muchas veces.

Nie. Pues yo no le quiero. Como médico puedo ser impunemente amigo de todo el mundo, y como diputado será preciso pronunciarme, adoptar un color político, y todos los que gritan: *libertad de opiniones*! caerian sobre mí en cuanto yo no fuese de la suya: me insultarian, me pondrian en ridículo, me negarian el mérito, la probidad; ya no tendria talento, ni aun como médico, y en cambio qué ganaria? que me llamasen: "*el honorable miembro...*" en tanto que cien periódicos me deshonraban todos los dias. Y mientras yo estuviese en la cámara qué sería de mis enfermos? Qué sería de mi hija, quién pensaria en su dote, y con qué lo aumentaria? Con la gloria de haber representado un arrabal de Londres!... Muchas gracias! La gloria es muy hermosa, pero mejor es la felicidad, y yo me quedo en mi casa.

Enr. Hablais, mi querido doctor (*Sonriéndose.*), como un publicista muy original que he leido esta mañana, y que bajo el velo del anónimo

tiene mucha boga en el dia: el autor de las Cartas Irlandesas, que de un año á esta parte ha vuelto á aparecer en la carrera política.

Mar. De veras?

Enr. La obra mas original que se ha publicado hace mucho tiempo, y en la cual, bajo el tono franco y sencillo de un labrador irlandés, se burla el autor con muchísimo talento de todas las opiniones, y él no tiene ninguna; se mantiene, como vos, lejos de todas: funda su gloria en no ser nada. Y si todos hablasen asi, mi querido doctor, qué sería de nuestro pais? quién reclamaria sus derechos? quién defenderia su libertad?

Nie. Temeis que los empleos quedasen vacantes? creis que faltarian ambiciosos? Preguntadle á vuestro tio... preguntadle á Valpol.

Mar. Papá... (*Interrumpiéndole.*)

Enr. Valpol!.. Cualesquiera que sean (*Con dignidad.*) las calumnias con que se le acusa, Valpol, durante treinta años, ha servido bien á la Inglaterra... No defiendo ahora á un pariente que miro como un segundo padre, no hablo del hombre particular, me sería muy facil probar las virtudes que honran su vida privada; hablo del hombre de Estado, hablo del ministro. No ha sabido él bajo dos reinados dirigir con mano fuerte el timon del gobierno, contener los partidos, reprimir las facciones? Si no le agradeceis en nada la paz que gozamos hace veinte años, la industria que él ha reanimado, nuestro pabellon dominando los mares, la deuda nacional estinguida... convendreis al menos, vos que hace poco temblábais á la sola idea de

nuestras borrascas parlamentarias, que se necesita algun valor para hacer frente á los peligros, á los odios, á las intrigas, para arrostrar el insulto y la calumnia, y esclamar solamente aguardando el dia de la justicia: Yo esperaré!

Nie. Es decir que su impopularidad, que el odio que se le tiene, que todo lo que se le echa en cara es un mérito mas á vuestros ojos, y que haga lo que hiciere desde ahora lo defendeis...

Enr. Yo no he dicho eso. Ayer mismo, y no es la primera vez, hablé contra él en la cámara de los lores; voté contra su bill.

Mar. Vos!... Hablar contra Valpol!

Enr. Contra él... y contra el mundo entero, si mi conciencia y mi opinion me lo dictan.

Nie. Me habré yo equivocado? Cuál es, pues, vuestro partido? Sois wigh ó tory? Estais por el pueblo ó por la corte?

Enr. Estoy por la Inglaterra: estoy con los que dicen: la patria antes que todo!... En un gobierno como el nuestro no es dado á todos, lo sé, brillar en la tribuna ó distinguirse por sus escritos; pero todos pueden ser buenos ciudadanos y cumplir con sus deberes. Á este solo mérito se limita mi ambicion. Yo no adulo al poder real ni al favor popular; fiel á mi pais y á las leyes que he jurado, los defenderé contra el que intente atacarlos, y venga el ultraje de arriba ó de abajo, del palacio de San James ó de los arrabales de Londres... Llámese rey ó llámese pueblo el que quiera oprimirnos, contra él me levanto; porque antes que todo es mi pais y su libertad!

Nie. Venga esa mano! Desde ahora soy de vuestro partido.

Enr. Entonces aceptais...

Nie. No... no; tengo otras razones... Alli sería preciso tener á Valpol por amigo ó por enemigo... y yo no quiero verlo... lo he jurado.

Enr. Pues no es él tan orgulloso como vos... porque el otro dia, al pedirle ese destino para sir Tomás Kinston, fue preciso decirle que era sobrino vuestro... Al oiros nombrar se estremeció como quien despierta de un largo sueño. Mi antiguo compañero Nieubrog, esclamó, ha venido? está en Londres? Sí señor, hace cinco años. Es posible! Bien me acuerdo, añadió, que vino por aquella época... por mas señas que habia entonces una plaza vacante... Al pronunciar estas palabras, llamó inmediatamente á su secretario y le dijo: No os designé hace tiempo para rector de la universidad de Oxford á Guillermo Nieubrog, mi antiguo amigo? Sí, milord, esa fue vuestra intencion; pero luego se dió la plaza á vuestro mortal enemigo lord Stanhope. Al oir esto Valpol se puso encarnado, se contrageron sus nervios, y tomándome la mano, me dijo en voz baja y con tono avergonzado: es verdad, ahora me acuerdo... Necesitaba entonces cinco ó seis votos en la cámara para hacer pasar mi bill... Stanhope me los ofreció... yo no pensaba mas que en mi bill... no me acordé de Nieubrog... y despues, lo confieso, se han amontonado tantos acontecimientos, que me habia olvidado de esto enteramente.

Nie. Para el que fia en la amistad de un ministro! Por cinco votos sacrificó un amigo! Pues

por diez lo hubiera hecho ahorcar!

Enr. Esperad... aun no he acabado. Le conté entonces lo que hasta ahora le habia ocultado... mi desafio, mi herida, el interes con que me habeis asistido... y él me escuchaba conmovido, caían lágrimas de sus ojos...

Nie. Él ha llorado!... Él!... Roberto Valpol!

Mar. Cuando milord lo dice...

Enr. Y cuando le hablé de vuestros talentos, esclamó: Eso no me sorprende. Sabes tú que con ese aire modesto, Nieubrog es el médico mas instruido de Inglaterra, es el único hombre del mundo en quien yo tendria una ciega confianza?

Mar. Eso ha dicho el ministro? (*Gozosa.*)

Nie. Qué bondad! (*Con ironía.*)

Enr. Empezó á pasearse con aire agitado... luego se dirigió á mí, y tomándome las manos me dijo: Mi antiguo compañero debe estar sentido conmigo... no importa; Enrique, arréglalo tú. Tráemele aquì... quiero verle... necesito verle!

Mar. Será posible!

Enr. Y vos no me hareis quedar mal en mi negociacion.

Nie. Sí señor.

Mar. Qué!... No ireis?

Nie. Primero morir. Piensa él acaso que una palabra suya basta para repararlo todo? Sabeis de qué fecha es su última carta?... De hace diez años!... Sí, milord; en diez años no se ha acordado de su amigo; los honores que le rodean no le dejan tiempo para pensar en él, y el dia que una casualidad, una idea, un capricho, se lo traiga á la memoria, es forzoso com-

parecer á su presencia? No, voto á sanes! Mi amistad no se reconquista asi; mi amistad no obedece á un decreto ministerial. Pues qué, porque en su administracion venal nada resiste á su seduccion, piensa ganarme á mí como los demas? Se engaña. Yo no me dejo seducir!... yo no pertenezco al parlamento... soy libre, soy dueño de mí mismo, tengo derecho de despreciar un ingrato, y aunque le viese á mis pies, mi corazon y mis brazos no se abririan para él...

Mar. Ah! Papá, no digais eso.

Nie. Lo digo... y lo juro.

ESCENA III.

DICHOS. UN CRIADO.

Criad. Preguntan por el señor.

Nie. A buen tiempo!... Y quién es? (*Impaciente.*)

Criad. Un hombre que viene á pie... un desconocido que no he visto nunca... y que está en la antesala.

Nie. Ha dicho su nombre?

Criad. Aqui lo ha escrito. (*Dando un papel lee.*)

Nie. "Sir Roberto." Oh cielos! esta firma es la suya. (*Pasando junto á Margarita.*) Es él!... Es Valpol!...

Mar. Qué decis?...

Nie. Ahí fuera está.

Mar. El ministro!...

Enr. El ministro no... Roberto, vuestro amigo... no se anuncia con otro título... ya lo veis.

Nie. Y venir asi tan de improviso... sin darme tiempo para prepararme... y para enfadarme.

Mar. Ved que está esperando.

Nie. Ya lo sé, hija... Lord Enrique... (*Impaciente.*) Vaya, amigos... Qué me aconsejais?... Qué debo hacer?

Enr. No lo sé: lo que sé es que Valpol, si hubiérais idò á su casa, no os hubiera hecho hacer antesala.

Nie. Pues bien, que entre!... Que entre ese pícaro, ese ingrato .. Roberto!

Val. Guillermo! (*Valpol sale alargándole la mano, y le abraza. Nieubrog se arroja en sus brazos.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. NIEUBROG. VALPOL. ENRIQUE.

Nie. Ah! me arrepiento: (*Queriendo desasirse.*) no he sido dueño de mi primer movimiento!... Pero no te perdono... nunca me reconciliaré contigo.

Mar. Ah, papá!

Nie. Déjame.

Val. Pues yo, sino me engaño, conozco el medio de desarmarte. Guillermo, necesito de tí.

Nie. Qué dices?

Val. Tengo que pedirte un favor importante.

Nie. Y te has dirigido á mí?

Val. Sin vacilar... y sin avergonzarme.

Nie. Con que aun eres mi amigo? (*Enternecido.*)

Val. Me parece que te doy una prueba de ello. (*Con calma y mirándolo.*)

Nie. Tienes razon... has hecho (*Tomándole la mano.*) bien... todo lo olvido... Necesitas de mí? Vaya, Roberto, dime (*Con calor.*) lo que

quieres; habla pronto, despáchate... Estoy ansioso de vengarme.

Val. Despacio: tenemos tiempo de hablar... porque vengo á pasar la tarde en tu compañía, y á comer contigo.

Nie. A comer conmigo! Es posible! (*Fuera de sí.*) Esta prueba mas?... te perdono... (*Enternecido.*) te perdono todo. Ya he encontrado á mi amigo... Hija mía... lo oyes? Lord Valpol... el primer ministro de Inglaterra viene á comer con nosotros.

Val. Nada de ministro... tu antiguo camarada.

Nie. Eso es lo que yo queria decir.

Val. Nosotros solos... en familia... los amigos nada mas.

Nie. Tienes razon... hoy vuelves á ser el mismo.

Val. Y nada de ceremonia.

Nie. Por supuesto. Anda (*A Margarita.*) á la provision de palacio...

Mar. Qué estais diciendo? Va á figurarse que está en su casa.

Nie. Es verdad... Pues bien, lo diario... entiendes? lo diario de los dias festivos.

Mar. Bien, papá.

Nie. Lord Enrique nos acompañará, lo espero.

Enr. Con muchísimo gusto! Voy á palacio, donde estoy de servicio, y vuelvo.

Mar. Lo mas pronto posible... (*Vivamente.*) para no hacer esperar á milord vuestro tio.

Enr. Volveré inmediatamente. (*Vase.*)

Mar. Si mientras llega la hora de comer gusta su señoría (*A Valpol.*) de una taza de té?...

Val. Gracias, hermosa. Qué linda es tu hija! (*A Nieubrog.*)

Nie. Muy linda!

Val. No la hubiera conocido.

Nie. Ya lo creo!... Despues de diez años... Pero me olvidaba... ya no debo hablar de esto.

Val. Si me atreviera, te pediria (*A Nieubrog.*) permiso para abrazarla.

Nie. Y bien... qué te detiene? (*Valpol la abraza.*)

Mar. Qué fortuna! he abrazado al ministro! (*Vase por la puerta derecha.*)

ESCENA V.

VALPOL. NIEUBROG.

Val. Ah! Qué feliz eres!... Yo no tengo hija. (*Mirándola.*)

Nie. Me la vas ahora á envidiar?

Val. No... no... en este momento (*Apretándole las manos.*) me siento demasiado feliz para envidiar nada á nadie: tu presencia ha despertado en mí tantos recuerdos!... Me siento rejuvenecer, y creo hallarme en nuestros primeros años, en aquel tiempo que éramos tan dichosos.

Nie. Y tan pobres! (*Riendo.*)

Val. Entonces gozábamos con nuestros estudios literarios...

Nie. Y tus primeros triunfos.

Val. Cuando en la villa de Castel-Rising, donde tú naciste, me nombraron, gracias á tí, miembro de la cámara de los comunes; cuando jóven todavía, oscuro y desconocido, llegué á aquella tribuna, en que los ministros de entonces me honraban apenas con una mirada! Y mi primer discurso... te acuerdas?

Nie. Toma!... Alli fui á verte, y escepto yo, nadie te escuchaba. Qué ruido! qué conversaciones! qué risotadas en el banco de los ministros!

Val. Bien pronto mi voz supo hacerse escuchar! Los ministros me oyeron entonces; y desde el primer dia, no sé qué secreto instinto me gritaba: "Aquel banco que ellos ocupan, te pertenece... te lo han usurpado, marcha á conquistarlo." Y ya me iba yo acercando, ya como secretario de estado y tesorero de la marina iba á tocarlo... cuando la mano que me sostenia se retira: el duque de Malbrug, en quien yo me apoyaba, cayó del poder, y yo, entregado á mis enemigos, acusado, sentenciado por la cámara de los comunes, arrojado de su seno... Ah! esta fue la prueba mas cruel que he sufrido en mi vida. Guillermo!... todos me abandonaron, nadie se atrevió á defenderme, escepto un solo escritor que decian estarme vendido... pero yo ni aun le conocia, y él no se ha presentado nunca á pedirme la recompensa.

Nie. Hoy la recibe, (*Tomándole la mano.*) pues ha encontrado un amigo.

Val. Será posible!... Tú, Guillermo!... Ah! yo debia adivinar quién era mi generoso defensor... yo debí adivinarlo por aquella elocuencia natural y profunda, por aquella franqueza burlona y sencilla en la apariencia, pero tan terrible en el fondo: yo debí conocer tu estilo.

Nie. Mi estilo no, pero sí mi amistad; esta amistad que te amparaba en la desgracia; porque entonces, pobre Roberto, en la torre don-

de te habian encerrado, en aquellos calabozos, bajo aquellos candados, en qué pensabas tú?

Val. En ser ministro! En derribar á mi vez á Oxford y á Bolingbroke! Poco me importaban los peligros, los tormentos, la muerte misma, con tal que llegase al poder! Aunque no fuese mas que por un dia, por un solo dia, llegar al poder era mi primer pensamiento.

Nie. Y el segundo?

Val. Sostenerme en él.

Nie. Y lo has conseguido?

Val. Sí; pero qué lucha tan larga y tan terrible! Cuál tuve que encorvarme y arrastrarme para arrancar ese ministerio tory, profundamente arraigado! Nada menos fue necesario que la muerte de la reina Ana, el advenimiento al trono de la casa de Hannover, y todo el favor de Jorge I.

Nie. Favor que continúa con Jorge II, y que en veinte años no te ha faltado.

Val. Pero en esos veinte años, sabes tú lo que he hecho yo para conservarle? Sabes tú que alejado de todos los placeres, de todas las pasiones que encantan á los hombres, pasaba dias y noches en constante trabajo? Sabes tú que no dormia, que una fiebre continua me agitaba... Y para qué? Para velar sin cesar por el honor é interes de este pais que me estaba confiado, para asegurarle el reposo de que yo no gozaba, y en fin, si es preciso decirlo, para acumular y mantener sobre mí estos honores, estas dignidades, este poder que era entonces mi ídolo, y que ya miro con odio y con desprecio.

Nie. Qué dices!

Val. Ya no soy el mismo... estoy cambiado.

Nie. Lo crees asi?

Val. Estoy curado: te lo juro. (*Tomándole la mano.*)

Nie. Si es que puede curarse de la ambicion.

Val. Cuando está satisfecha, cuando no hay ya nada que desear; en ese caso estoy yo: este poder que ya nadie me disputa, ha cesado de tener encantos para mí; solo siento ya su peso y su fatiga: mis fuerzas me abandonan, y voy á sucumbir.

Nie. Es posible!

Val. Sí, amigo mio; un mal que no puedo definir seca en mí los gérmenes de la vida. Estoy padeciendo y me quiero curar; por eso no me he dirigido á los médicos de la corte ni á los del rey, y he venido á buscarte.

Nie. Y has hecho bien. (*Llevándole á la derecha.*) Yo sé mas que ellos: tranquilízate... no será nada: yo te curaré, si tú me ayudas, porque conozco tu enfermedad. Hace mucho tiempo que sentiste los primeros síntomas?

Val. Hace algunos años. Un dia en el parlamento, despues de una discusion acalorada con Stanhope... sentí una contraccion nerviosa aguda, horrible.

Nie. Que se renueva á menudo?

Val. Mil veces al dia! Cuando doy audiencia, cuando estoy en el consejo, cuando recorro los memoriales, sobre todo cuando leo los periódicos.

Nie. Lo creo. Eso es lo que te mata; esa es la causa de tu enfermedad, y por ahora no tengo

remedio que darte; pero no debes perder tiempo... al instante... Si quieres tomar los consejos de tu médico, necesitas un descanso absoluto, necesitas retirarte de los negocios.

Val. Qué dices? (*Con temor.*)

Nie. Mañana... hoy mismo... es preciso que dejes de ser ministro.

Val. Amigo mio, eso es todo lo que yo apetezco, todo lo que pido; la calma, el retiro, la tranquilidad es el objeto de todos mis deseos, y ya dos veces he suplicado al rey que acepte mi dimision.

Nie. De veras?

Val. Desgraciadamente conozco que el rey no puede consentirlo: tiene precision de mí: le soy necesario, indispensable, sobre todo en este momento; porque ya ves, Guillermo, ademas de las discusiones é intrigas de las cámaras, tengo que atender á las de palacio. Nuestro rey es jóven, ardiente, impetuoso, y aunque casado con una muger hermosa á quien respecta y ama...

Nie. La abandona?

Val. No, no la abandona; pero ama á otras: ahora no sé á cuál, y es la primera vez que le veo reservado. Me guarda misterio, pero está enamorado; lo adivino, no me cabe duda. Asi es que no pudiendo ocuparse en los negocios de Estado, es una felicidad para él que yo le libre de ese cuidado, que yo esté alli amarrado á la cadena, que yo me mate por él. Yo que necesito descanso (*Levántase.*), y que sería tan feliz si pudiese retirarme a mis tierras de Strawberry, á aquel delicioso retiro que van

á admirar todos los viajeros, que todo el mundo visita, escepto su dueño. Alli junto á sus aguas cristalinas, á la sombra de sus hermosos árboles, cuán dulce me sería el entregarme, como en otro tiempo, á las artes, al estudio y á la amistad? Ah! Solo entonces vivia, y ahora conozco que he nacido para la vida pacífica y tranquila.

Nie. Y por qué la abandonaste?

Val. Por qué? Porque á pesar nuestro nos dejamos arrastrar. Todos los hombres son asi, y tú como los demas.

Nie. Yo!

Val. Tú el primero. Si hubieras visto de cerca el poder, si hubieras probado su seduccion, si hubieras conocido esta vida de emociones que aniquila, pero que embriaga...

Nie. Diria que esa embriaguez, como todas las demas, no deja en pos de sí mas que disgusto y hastío. Diria que vuestras condecoraciones y vuestras placas de diamantes no son mas que juguetes de niños, vuestros títulos y honores humo vano...

Val. Dirias todo eso; pero harias lo que nosotros.

Nie. Jamas. Y repetiré mil veces...

Val. Y yo te diré como aquel poeta francés que tanto nos gustaba: "Sálvame, amigo, primero, y despues me reñirás."

Nie. Tienes razon; y puesto que no te es posible aun separarte de la corte, voy á prescribirte un régimen, que aunque por ahora no te cure el mal, evite al menos sus progresos. Distraccion, ejercicio, trabajo físico, que cura del trabajo moral, y mucha sobriedad. Nada de esos

convites que llaman ministeriales, en que se sale con hambre de la mesa. Vente á menudo á comer conmigo, como hoy.

Val. Te lo prometo, con la condicion de que vengas mañana á pasar el dia á Windsor, donde yo vivo.

Nie. Estás loco? Dicen que está alli la corte ahora.

Val. Qué importa? Eso no impide que tenga yo alli mi habitacion, y reciba en ella á mis amigos.

Nie. Enhorabuena: y yo te escribiré un régimen; pero no pienses que es un régimen administrativo y vayas á interpretarlo á tu manera: lo has de observar al pie de la letra.

Val. No tengas cuidado.

ESCENA VI.

DICHOS. MARGARITA.

Mar. Papá, la comida está pronta.

Nie. Pues, hija mia, es preciso que la comida espere. Lord Enrique no ha venido todavía.

Mar. Ya sube por la escalera, porque le he visto bajar del coche, y con un aire tan triste y tan pensativo!...

Val. Sí. De algun tiempo á esta parte tiene penas, y me las oculta. Esto me inquieta mucho.

Mar. Penas?

Val. Gracias á Dios! (*A Enrique, que entra.*) Ya estaba muerto de hambre.

Nie. Buena señal!

Val. Y en palacio nunca tengo apetito.

Nie. Yo lo creo. El apetito está siempre aqui... en mi comedor.

Criad. (*Sale.*) Cuando S. E. guste.

Val. S. E. no está aqui.

Nie. Aqui no está mas que nuestro amigo Roberto. Vaya, dame el brazo. Enrique, dádselo á mi hija, y andad delante.

Mar. (Tiene penas! Él me las dirá!)

Nie. Nosotros vamos hoy á trinchar como en aquel tiempo! Qué dichoso soy!

Val. Y yo! Ya no soy ministro!

ACTO SEGUNDO.

(Salon elegante en el palacio de Windsor; puerta al fondo; puertas laterales; á la derecha una mesa con recado de escribir.)

ESCENA PRIMERA.

JORGE II. CECILIA.

Cec. (*Sale seguida del rey.*) No señor, dejadme.

Jorg. Cómo, ladi Cecilia? no podré obtener un momento de audiencia?

Cec. No es posible: el conde de Sunderland, mi padre, me espera en la habitacion de la reina.

Jorg. Y si yo mando que os quedeis?... Yo... vuestro rey...

Cec. Ya sabe V. M. lo que sucederá.

Jorg. Me dejareis?

Cec. Al instante. Asi es como mi ilustre abuelo, el duque de Malbrug, acostumbraba á responder á una amenaza. (*Hace una cortesía para marcharse.*)

Jorg. Cecilia! Cecilia! yo os lo suplico, no me entregueis á la desesperacion, y dignaos escucharme.

Cec. (*Con enfado.*) Vaya, qué quereis?

Jorg. Ah! cómo conoceis el poder que teneis sobre mí!... cómo abusais de este amor que no puedo vencer, y que vuestro capricho, vuestro rigor no hacen mas que aumentarle! Un instante solo, deponiendo vuestra esquivez, me dirigisteis una mirada de piedad.

Cec. (*Azorada.*) Ah! Callad.

Jorg. Y desde aquel instante en que yo creí haber desarmado á vuestro corazon, he visto por el contrario aumentarse en él vuestra altivez y vuestros desprecios... observo en vos un sentimiento de despecho, de temor, de ira... y aun me parece que de odio.

Cec. Es verdad.

Jorg. Y vos me lo decis? Gran Dios! Cuánto no he hecho yo para ablandaros, para tranquilizaros! Habeis olvidado ya mi sumision, mi temor de comprometeros, aquel respeto con que he sabido contener la menor mirada indiscreta, y en fin, el misterio impenetrable con que he sabido ocultar á todos mi amor, que vos solo sabeis y desdeñais... un amor que os somete mi voluntad, mi poder, mi existencia entera... qué mas quereis?

Cec. Quiero... quiero saber por qué soy tan desgraciada.

Jorg. Qué decis?

Cec. Yo me formaba de la corte y su esplendor una imágen encantadora... educada entre recuerdos de gloria, entre pensamientos de ambicion. La duquesa de Malbrug, mi abuela, oyéndola hablar sin cesar de aquellos brillantes tiempos en que mandaba á su placer, como favorita de la reina Ana, en el destino de la Inglaterra

y de la Europa... estas ideas de favor y de poder se ofrecian continuamente á mi imaginacion, eran las únicas ilusiones que halagaban mi juventud; y cuando fui presentada á la corte, cuando Carolina de Auspach quiso emplearme junto á su persona, creí que todos mis sueños iban á realizarse, me pareció que yo tambien iba á reinar á mi vez, que iba á ser...

Jorg. Favorita?

Cec. Sí, de la reina! Pero no del rey... Ya este palacio me incomoda... me es insoportable; todo aqui me hace infeliz! Todo, hasta las bondades de que me colma la reina: yo quiero dejarla, yo quiero huir de la corte.

Jorg. Ah! vuestra alma fria é indiferente no puede comprender la mia! Vuestro corazon insensible es incapaz de amar.

Cec. Incapaz de amar!

Jorg. Oh cielos! Si estaré alucinado! Si será verdad que otro amor...

Cec. Ninguno. Pues qué no soy yo dueña de reclamar mi libertad, mi reposo, mi dicha?... qué derechos teneis sobre mí, señor? Solamente los que yo misma os concedí... y ya los he recobrado.

Jorg. Ah! no me hableis asi, no me hableis de olvidaros. Antes que renunciar á vos... seré capaz de todo... no hay sacrificio que no podais exigirme.

Cec. Hasta ahora solamente una cosa le he pedido á V. M., y su mal resultado me ha hecho conocer mi poco influjo.

Jorg. Ese empeño no puede ser vuestro, sino de los que os rodean... de vuestro padre, de lord

Cartesel, de ese viejo lord Bolingbroke, enemigos irreconciliables de Valpol, que le detestan y quieren derribarlo; pero á vos, Cecilia, qué os importa Valpol?

Cec. Me importa... y lo exijo.

Jorg. Vos no podeis exigirme que me prive de un ministro cuyos talentos me son útiles... indispensables; y cuando yo fuese tan ingrato que olvidase su celo y adhesion, aunque quisiese renunciar á sus servicios, no puedo hacerlo: él tiene en las dos cámaras una inmensa mayoría.

Cec. Oh! sí, la tiene; porque la ha comprado... y vos que me hablabais de despreciarlo todo por mí, temblais delante de vuestro ministro.

Jorg. Ante él, no, pero sí ante una injusticia... y esta lo sería.

Cec. Bien: haced vuestra voluntad, y yo haré la mia dejando la corte mañana... hoy mismo.

Jorg. No, vos no partireis, no os complacereis en mi dolor; y puesto que lo exigió, yo os prometo, Cecilia, yo os juro...

Cec. Destituir á Valpol?

Jorg. No; pero él me ha presentado ya dos veces su dimision, y yo la he rehusado; si vuelve á hablarme de ella, si me la vuelve á presentar, la aceptaré.

Cec. Gran esfuerzo de valor!

Jorg. Y vos me prometeis al menos...

Cec. Yo no prometo nada.

Jorg. Ah! Vos que tan á menudo me hablais de tiranía... decidme, puede usarse mayor que la vuestra?

Cec. Es una ventaja que tengo sobre vos... yo es-

toy por el gobierno absoluto.

Jorg. Y por qué razon?

Cec. Estos gobiernos no dan nunca razones: solo recordaré á V. M. que ya es la hora de audiencia.

Jorg. Es verdad; todo lo olvido á vuestro lado. Ya no os pido nada... me entrego á vuestra clemencia, á vuestra generosidad: recordad solamente que espero, que sufro, y que os amo. (*Vase.*)

ESCENA II.

CECILIA.

Y yo... yo me detesto á mí misma: hay un momento de mi vida que quisiera borrar á precio de mi sangre; pero puedo al menos dejar este palacio que aborrezco, romper estas cadenas que me atan, huir de este amor que me es tan odioso... si se lo diré! Dios mio, no sé lo que he dicho ya!... Y mi franqueza, mis desdenes no han hecho mas que aumentar su debilidad y mi poder. Dicen que se tiene imperio sobre el hombre que se ama... mucho mas se tiene sobre el que no se ama.

ESCECA III.

CECILIA. NIEUBROG. MARGARITA.

Mar. (*Dando el brazo á su padre.*) Qué magnífico parque, qué grande, qué inmenso.

Nie. Demasiado. Para los que se pasean en él en ayunas.

Cec. Quién será ese anciano y esa jóven?

Nie. Ya no tengo piernas... necesito sentarme.

Cec. El doctor Nieubrog... aqui, en palacio.

Mar. (*A Nieubrog, que se sienta.*) Papá, una señora que os conoce.

Nie. (*Levantándose.*) Una señora!... Sí, ladi Sunderland, á quien conocí muy niño, porque fui en otro tiempo médico de su familia... pero de nosotros los viejos no se acuerda nadie.

Cec. Cómo no? Precisamente, doctor, iba á daros la enhorabuena. He leido esta mañana en los periódicos que el arrabal Southwark os eligió ayer miembro de la cámara de los comunes.

Nie. Es cierto, señora condesa.

Cec. Y presentado por la oposicion!... es un golpe para el ministerio.

Nie. No lo creo: me han juzgado poco temible cuando no han combatido una eleccion... que no tendrá consecuencia, porque estoy decido á escribir hoy mismo dando gracias y rehusándolo.

Cec. Muy enfermo debe estar vuestro partido cuando hasta los médicos lo abandonan; y ahora comprendo lo que os trae á palacio.

Nie. Cómo... podeis figuraros...

Cec. Que pretendeis... como todo el mundo. Qué mal hay en eso? Si yo os puedo ser útil, como lectora de la reina, tengo algun favor con ella.

Nie. Yo no pido nada, yo no quiero nada, miladi. Vengo aqui á citar á mi amigo Roberto Valpol, que tambien tiene algun favor; pero gracias al cielo, vengo solo como aficionado.

Cec. A ver al ministro?

Mar. (*Pasando á su lado.*) Sí señora; nos con-

vidó á pasar el dia en Windsor, y su sobrino fue á buscarnos esta mañana.

Cec. (*Con inquietud.*) Su sobrino, lord Enrique...

Mar. (*Con viveza.*) Le conoceis?

Cec. (*Con indiferencia.*) Sí; le veo todas las noches en el cuarto de la reina.

Mar. Ha tenido la bondad de ir á buscarnos él mismo y traernos aqui. Es tan atento, tan fino, tan amable...

Nie. (*Interrumpiéndola.*) Margarita!..

Mar. Es verdad; miladi debe saberlo, puesto que le conoce. Asi que llegamos me ofreció la mano... y en los dos primeros salones que atravesamos, donde habia tanta gente, tantas damas, tantos señores de la corte, me llevo del brazo. Ah! qué contenta iba yo! Todos me habian tomado por una gran señora, por una condesa... lo decian, no es verdad?

Nie. Mejor que eso: decian que eras muy hermosa.

Mar. Sí? Pues no lo he oido. Como iba pensando en otra cosa... sobre todo cuando milor nos presentó á su hermana ladi María, que es tan buena y tan amable como él, y queria que me quedase á su lado, y luego lord Enrique nos ha llevado á los jardines, y se fue á avisar á su tio diciendo que le esperasemos alli... y hemos estado paseándonos una hora por el parque, que me ha parecido soberbio, admirable, magnífico... Dios mio, qué hermoso es venir á palacio, y qué contenta estoy aqui.

Cec. Puede ser que no lo dijerais mucho tiempo, hija mia; el primer dia no lo estraño, y mas yendo acompañada de un jóven amable que veis por primera vez.

Mar. No señora, le veo muy á menudo, y en tres meses le he estado viendo todos los dias.

Cec. Qué decis?

Nie. Margarita!

Cec. Veo con efecto que conoceis íntimamente á Roberto Valpol y á todos sus parientes. (*A Nieubrog.*) Cuidado, doctor, la amistad de Valpol suele ser funesta; pero en todo caso quiero daros un aviso amistoso; si, á pesar de vuestro disimulo, esperais de él empleos, fortuna, honores...

Nie. Yo!

Cec. Daos prisa... porque, yo os lo digo, podeis creerme, no estará mucho tiempo en el ministerio. A Dios, doctor. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. NIEUBROG.

Nie. Vaya! qué se habrá figurado la condesita? En su aire de proteccion y de amenaza, me parecia estar oyendo al difunto duque de Malbrug su abuelo, dictando condiciones á los plenipotenciarios de Luis XIV.

Mar. Pues con todo, yo quisiera hallarme en su lugar! Ella va todas las noches al cuarto de la reina, y ademas está siempre en palacio.

Nie. Pues no se lo envidio.

Mar. Y por qué?

Nie. Porque ya estoy deseando marcharme: hace demasiado tiempo que estoy aqui.

Mar. Acabamos de llegar, y ya estais de mal humor porque os hacen esperar un poco. Es eso justo?

Nie. Y mucho; yo creí que nos recibirian al momento con los brazos abiertos, y hace ya una hora que estamos aqui, nos hemos paseado por todas partes, en todas direcciones, y ni siquiera hemos visto á Valpol.

Mar. Estará ocupado.

Nie. Y qué razon es esa para obligar á hacer antesala á un antiguo amigo?

Mar. Bien la hizo él ayer en casa.

Nie. Pero no tan larga: y luego todas esas gentes que uno se encuentra parece que nos miran como la condesita desde el pináculo de su grandeza, y no cree que podemos venir á comer con un ministro. Qué sería si supiesen que ayer fue él á comer á mi casa? Pero yo no he dicho nada á nadie, porque es preciso ser modesto.

Mar. Bien hecho.

Nie. Y porque no lleva uno como ellos bandas y placas en el vestido, parece que nos estan diciendo: éste no es de los nuestros: es un incógnito, un honrado habitante de Londres.

Mar. Y bien, qué os importa eso?

Nie. Me importa... porque es desagradable... es humillante... porque al fin, en mi casa yo soy el amo, soy el rey, y esto vale mas.

Mar. Consolaos... ahí está vuestro amigo, el ministro.

ESCENA V.

DICHOS. VALPOL. (*Rodeado de pretendientes.*)

Val. (*A un pretendiente.*) Ya he leido vuestro proyecto... he leido... y no puedo aprobarlo...

cargar con impuestos á los colonos americanos...

Pret. Es enriquecer á la Gran Bretaña.

Val. Es empobrecerla: las colonias americanas nos darán mas por el comercio que por los impuestos.

Pret. Mi proyecto ha merecido la aprobacion de lord North.

Val. Pues bien, que lo ponga en planta cuando sea ministro, y perderá las colonias. (*A otro.*) Y vos, Jonson... Ah! vuestro empleo de secresario... os lo he prometido... lo tendreis. (*A otro.*) Y vos, milord... aquel empleo... será vuestro... no tengais cuidado; pero aguardad al menos que esté vacante. (*Aparte.*) Estos hombres creen que yo puedo mandar una epidemia... Y vos?... (*Acercándose á Nieubrog sin mirarle.*) traeis el memorial?... qué pedis?... qué quereis?...

Nie. Almorzar lo mas pronto posible.

Val. Ah! eres tú, Nieubrog?... ya estás aqui... cómo has venido tan tarde? (*A los pretendientes.*) Bien, señores, bien: no puedo escucharos hoy por mas tiempo... tengo un negocio importante con este caballero... pero mañana... pasado mañana tendré el honor de recibiros. (*Saluda profundamente á los pretendientes que se retiran.*) Ya has visto lo que es mi vida. Asi estoy desde las seis de la mañana. Esa galería que comunica desde mi habitacion á la del rey, está siempre atestada de pretendientes, y esto es todos los dias; no tengo un instante de descanso.

Mar. Y papá, que ya se lamentaba...

Val. De qué?

Nie. Me lamentaba de los que te tienen envidia: de gentes como alguno que acabamos de ver, que te tendrian por desgraciado si perdieses tu destino.

Val. Quién es? Qué quieres decir? (*Sobresaltado.*)

Nie. Nada... bachillerías... Una dama de la corte, una condesita que nos decia ahora poco con aire de satisfaccion: Valpol no estará mucho tiempo en el ministerio.

Val. De veras? Veinte años ha que me lo estan profetizando. Quiera el cielo (*Con ironía.*) que esta vez acierten. Y esa dama quién era?

Nie. Una persona de poca importancia... la lectora de la reina, la condesa de Sunderland.

Val. Sunderland! Y tú la llamabas de poca importancia! No sabes que su padre y lord Carteret, y lord Bolingbroke, mi antiguo antagonista, han jurado derribarme, y que ya mas de una vez... pero qué importa?

Nie. Eso es lo que yo digo.

Val. Lo que me da que pensar es esa especie de influencia de que goza al parecer hace ya tiempo la hija del lord Sunderland... De dónde le vendrà? La reina no la puede ver, y á mí me da su confianza... Como no sea... que el rey... No, no es posible.

Nie. Qué es eso?

Val. Y si fuera!... Yo lo averiguaré. (*Paseándose.*)

Nie. Qué tienes, hombre? (*Siguiéndole.*)

Val. Nada, amigo mio; pero mira cómo no se pueden formar proyectos! Yo me levanté esta mañana con el humor mas risueño: el dia que iba á pasar con vosotros me presentaba la mas

deliciosa perspectiva; veía en él un dia de placer entre tantos de fastidio; y hé aqui que el menor sobresalto, la menor inquietud vuelve á mortificarme, y me persigue hasta en el seno de la felicidad.

Nie. Hé aqui lo que te pone malo. Es preciso desechar todas esas ideas; entiendes?

Val. Sí, amigo mio. (*Pensativo.*)

Nie. No tener antes ni despues de comer sino ideas agradables que preparen y faciliten la digestion...

Val. (*Impaciente.*) Bien, amigo mio.—Si fuese cierto... si el rey... (*Aparte.*)

Nie. Y sobre todo... esto lo recomiendo mucho... Sentarse á la mesa á horas fijas y arregladas... no hacer nunca esperar al estómago... y aqui es costumbre hacer esperar.

Val. No, amigo mio.

ESCENA VI.

DICHOS. UN CRIADO. (*De librea.*)

Criad. Cuando su Gracia guste.

Val. Ya lo ves.

Nie. Gracias á Dios!

Val. Qué es eso? (*Al criado.*)

Criad. Los periódicos.

Nie. En la mesa los leeremos. (*Agarrándole del brazo.*)

Val. Dices bien. Voy á ver solamente (*Leyendo en uno.*) si han insertado mi discurso de ayer. Con vuestro permiso, señorita.

Mar. Milord!...

Val. (*Leyendo.*) Hola! insultos! epígramas!...

Nie. Por qué los lees?

Val. Porque me divierten. Si supieras qué poca importancia damos nosotros á todo esto! (*Lee.*) "Lord Valpol, el primer ministro, fue ayer al parlamento á pie..." Noticia interesante! "Todos estrañaron que á pesar del frio que hace fuese tan ligeramente vestido, pues ni aun llevaba el manguito de Marta gibelina que usa ordinariamente." Qué tontería! (*Riendo.*) No saben qué decir para llenar sus columnas... (*Lee.*) "El manguito! respondió uno, para qué? No lo necesita; él tiene siempre las manos metidas en nuestros bolsillos..." (*Con risa forzada.*) Ah, ah, ah.. Esto al menos tiene gracia!... Es original!... No es verdad? Ah, ah.

Mar. Y os reis?

Val. Ya estoy acostumbrado! Este periódico trae cosas como estas muy á menudo y con mucha gracia... es un independiente, que quiere que le compren, y se lleva chasco, porque yo asi que lo leo... (*Suspirando.*) lo olvido.

Nie. Con que vamos...

Val. Vamos "Sus manos en nuestros bolsillos!..."

Nie. Aun piensas en eso?

Val. Qué disparate! Ah! Dios mio!

Nie. Qué es eso?

Val. Mi último discurso... truncado... desfigurado... yo perdonaré los epígramas y los insultos... pero las erratas de imprenta... verse mutilado por un impresor... por un impresor de cámara!... apostaria á que en el fondo de su alma es de la oposicion... yo le quitaré el título.

Nie. Amigo mio!

Val. Perdona... estás muerto de hambre, y yo tambien... (*Impaciente.*) siento una debilidad de estómago... vamos, Guillermo... Mis Margarita... (*Dándole la mano.*) vamos á almorzar.

Nie. No nos ha costado poco. (*Yendo delante.*)

Val. "Sus manos en nuestros bolsillos..." Yo sabré quién es.

ESCENA VII.

DICHOS. UN UGIER.

Ugier. El rey, milord. (*Anunciando.*)

Val. El rey! (*Volviendo y soltando á Margarita.*) A estas horas! Qué me querrá? Perdona, amigo mio, tengo que recibir al rey.

Nie. Y tu apetito?

Val. Esperará.

Nie. Y á esto llaman vivir!

ESCENA VIII.

DICHOS. JORGE. (*El ugier en el fondo.*)

Val. No esperaba tan de mañana el honor que me dispensa V. M.

Jorg. Creo que no os estorbo, milord.

Val. De ningun modo, señor... Estaba aqui con un amigo... el doctor Nieubrog, mi antiguo compañero de colegio.

Jorg. El doctor Nieubrog? Hombre de mucho talento; la oposicion acaba de elegirlo para la cámara de los comunes.

Nie. Sí señor, pero...

Val. Pero cualquiera que sean sus opiniones, es un hombre de honor y de conciencia... diré

mas: hay una obra que la Inglaterra admira hace mucho tiempo, una obra que se atribuye á nuestros primeros escritores, á nuestros mejores publicistas...

Nie. Roberto!

Val. Perdonad, señor, debo respetar el velo con que quiere encubrirse á los ojos de todos.

Jorg. Menos á los mios, y espero que me digais... pero quién es esa hermosa jóven?

Val. Es su hija, señor, mis Margarita, que en cuanto á belleza y gracia podrá eclipsar á nuestras mas hermosas ladis.

Jorg. Es divina! Tiene razon milord! Solo conozco una que que pudiera disputarle la palma.

Val. La reina, señor. (*Con intencion.*)

Jorg. Sí, justamente... eso queria decir... pero tengo que hablaros, Valpol, tengo que hablaros largamente.

Nie. Ah! pobres de nosotros!

Jorg. Entremos en vuestro gabinete... ó mejor será ir al parque; alli podremos hablar paseando.

Val. Como gusteis, señor.

Jorg. El aire y el ejercicio nos harán provecho.

Nie. Ejercicio en ayunas! Dios eterno!

Jorg. A Dios, señor Nieubrog. A Dios, mis Margarita.

Val. Amigo mio, vuelvo al instante; espérame. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MARGARITA. NIEUBROG. EL CRIADO.

Nie. Esperar!... Ni un momento!... ni un se-

gundo!... mi estómago es inexorable... no es palaciego.

Mar. Pero, papá, qué vais á hacer?

Nie. Yo no te digo nada... haz lo que quieras... pero yo provisionalmente voy á tomar a'go á cuenta... No es por esa puerta? (*Al criado.*)

Criad. Sí señor, yo os conduciré.

Nie. Voy á seguiros, amigo mio, voy á seguiros ciegamente. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARGARITA. DESPUES ENRIQUE.

Mar. Papá no entiende de bromas en tratándose de esto.

Enr. No estoy en mí! (*Sale agitado por el foro*)

Mar. Lord Enrique! Qué agitado está! Qué teneis?

Enr. Qué tengo? Ah! Jamas he necesitado tanto como hoy de vuestra presencia, de vuestra amistad! Soy tan desgraciado! Y cuando os veo me siento casi tranquilo, ó á lo menos consolado.

Mar. Consolado! Con que teneis penas?

Enr. Penas!

Mar. Sí, vamos: confiádmelo todo: yo tambien os lo confiaria.

Enr. Vos, Margarita! Qué diferencia! Vos no teneis secretos.

Mar. Qué sabeis?

Enr. Oh cielos! Os hallaríais como yo! amaríais á alguno?

Mar. Pudiera ser.

Enr. Pero vos al menos tendreis esperanzas de ser feliz.

Mar. Ninguna, os lo juro! Pero yo no exijo que me amen... amo yo sola sin interes... esto á nadie se le puede impedir; no es verdad?

Enr. Oh! seguramente que no. Vuestra franqueza me anima á usarla. Sabed, pues, que hay aqui en este momento una persona que amo y que me desespera.

Mar. De veras? Contádmelo todo. (*Sonriéndose.*)

Enr. Parece que se ha propuesto trastornarme el juicio! Es una mezcla de dulzura y sequedad, de frialdad y coquetería...

Mar. Qué decis?

Enr. Antes de ayer, estando en el cuarto del rey, no pude obtener de ella ni siquiera una leve mirada.

Mar. Dios eterno! (*Conmovida.*)

Enr. Y ahora mismo, en este instante, por la primera vez de mi vida casi me ha confesado que me ama, ó á lo menos me lo ha dado á entender, á pesar suyo, en su rabia y en sus zelos.

Mar. Ah! Apenas puedo sostenerme! (*Aparte.*)

Enr. Y lo mas raro es que este primer momento de felicidad que he gozado en mi vida, os lo debo á vos, amiga mia; vos habeis sido la causa.

Mar. Yo! es posible!

Enr. No me ha hablado mas que de vos, de las visitas que os hago diariamente, de los tres meses que he pasado en casa de vuestro padre. Es una hermosa jóven, añadió; vos la amais, milord, vos la amais, confesadlo. Yo me justificaba asegurándola que solo una tierna y pura

amistad me unia á vos... Perdonad, soy muy egoista, no os hablo mas que de mis temores, de mis esperanzas... y las vuestras? y ese amor de que acabais de hablarme?

Mar. Ah! no hagais caso.

Enr. No correspondeis á mi confianza? No me mirais ya como á un hermano?

Mar. Como á un hermano! ah! sí, siempre! Pero á qué pensar en un cariño sin esperanza?

Enr. Qué decis?

Mar. Que soy mas desgraciada que vos, porque él no me ha amado nunca... ama á otra.

Enr. Cómo es posible! Vos, que haríais tan feliz á un esposo! vos, en quien brillan tantas cualidades!...

Mar. Él no las ve.

Enr. Cómo puede ser tan ciego! Sobre todo, viéndoos á menudo, estando admitido en casa de vuestro padre... Ah! Dios mio! Ya sé quién es.

Mar. Triste de mí! No señor... no lo creais...

Enr. Es vuestro primo... ese jóven abogado... sir Tomás Kinston.

Mar. Sí, milord, sí. (*Con viveza.*) Ese mismo... pero silencio, por Dios! Que nadie en el mundo lo sepa... y sobre todo él... que no llegue á entenderlo jamas. Yo le olvidaré... os lo prometo... nunca lo sabrá. (*Llorando.*)

Enr. Desgraciada! Que no pudiera yo daros parte de mi felicidad! Querida Margarita, mi amiga, mi hermana... si supiéseis cuánto me afligen vuestras penas!... si supiéseis cuánto os amo!...

Mar. Basta! basta! Ah! me destroza el corazon. (*Sollozando.*)

ESCENA XI.

DICHOS. VALPOL.

Val. Qué infierno! esto es insoportable! Voy á dejar la corte y el palacio... maldito recinto!... donde no se puede vivir.

Mar. Tiene razon. (*Aparte.*)

Val. No he de estar aqui ni un dia mas.

Enr. Dios mio! Milord, qué teneis?

Val. Qué he de tener? que ahora se empeñan en que ha de haber guerra... y al instante: por su opinion, debiamos declarársela á España!

Enr. Ojalá!

Val. Y tú tambien!

Enr. Hablo como soldado.

Val. Y yo como ministro. No la lograrán. Ya tenian casi convencido al rey... lo habian aturdido con sus clamores... con sus peticiones.. Por San Jorge!... Peticiones! ya sabemos cómo se fabrican... y si eso le hace fuerza, mañana mismo le presentaré un millon de firmas ilustres reclamando en favor de la paz: esa paz, salud de la Inglaterra, que yo mantengo hace veinte años... y ahora se romperia por vengar una vana prerogativa... porque no han saludado al pabellon Almirante!...

Enr. Sin embargo, si fuese cierto...

Val. Y por eso habiamos de arruinar nuestra industria, nuestro comercio, encendiendo una guerra cuyas consecuencias no es facil preveer... Y á mi edad, débil, cansado, enfermo como estoy ahora... nunca creo haber sufrido tanto como hoy.

Enr. Querido tio!

Val. Y Nieubrog? Nieubrog no está aqui... tengo calentura... se me abrasa el pecho!

Enr. Tranquilizaos, por Dios! descansad.

Val. Descanso! Ojalá pudiera! No quieren aceptar mi dimision! No estarán satisfechos hasta que me maten, hasta que me vean muerto como un esclavo junto á la cadena con que me han amarrado.

ESCENA XII.

DICHOS. NIEUBROG.

Nie. Amigo mio!

Val. Qué traes?

Nie. Dejadme primero ordenar mis ideas, y sobre todo tomar aliento! Apenas salí de tu comedor por la puerta que da al parque, me encontré de manos á boca á S. M., el cual me dijo: "Señor Nieubrog, deseo hablar con vos;" y sin darme tiempo para mas me coge del brazo, y cátame aqui paseándome de bracero con nuestro buen rey, sin ceremonia, sin etiqueta, como dos amigos, aunque á la verdad yo iba un poco turbado. Porque eso de que un rey le dé á uno el brazo... siempre es... es...

Mar. Qué es?

Nie. Es mucho honor. La lástima era que no hubiera por alli nadie... porque entonces mis compañeros, que se dan tanta importancia, hubieran visto que yo, la primera vez que vengo á palacio... en fin, vamos á lo que interesa... el rey me habló primero de mi eleccion, y cuan-

do supo que yo trataba de rehusarla... "No hagais tal, me dijo, no hagais tal. Necesitamos en la cámara hombres de talento, y sobre todo, hombres de bien. Vos teneis estas dos cualidades, y quiero que admitais... lo exijo por mí y por vos... Un amigo de Valpol puede conseguir lo que quiera... puede obtenerlo todo de mí." Al oir esto sentí una inspiracion, un pensamiento celestial... el de sacrificarme por tí... Pues bien, señor, le dije: vos lo quereis... yo acepto, pero en cambio imploro una gracia de V.M. "Cuál? Hablad:" entonces, sea que la amistad me inspirase, sea que me figurase estar en la tribuna, desplegué una elocuencia que me dejó satisfecho... le pinté con calor mis temores, mis inquietudes sobre el estado de tu salud... noté que se conmovia, que se ablandaba, y esclamé con ahinco: Puesto que vos amais á ese fiel servidor, no querreis inmolarle... no deseareis su muerte... y yo os respondo como médico que va á perder la vida! Sí señor, ya lo he dicho, mi amigo va á perder la vida sino se aparta de los negocios, sino aceptais la dimision que os ha presentado hace tanto tiempo!

Val. Y bien? Y bien? (*Con ansiedad.*) El rey lo negó?

Nie. No señor! Lo ha concedido. (*Entusiasmado.*)

Val. Qué decis? (*Aterrado.*)

Nie Toma, lee... escrito de su real mano. (*Le da un papel.*)

Val. "Vos lo quereis... (*Lee conmovido.*) vuestros amigos lo desean; dicen que peligra vuestra salud, y vuestra existencia. Acepto, pues, á

pesar mio, la dimision que me ofreceis."

Nie. y *Enr.* Qué fortuna!

Val. "Solo pongo una condicion, (*Sigue leyendo.*) y es que antes de retiraros, me designeis vos mismo vuestro sucesor, y formeis el nuevo ministerio que debe sucederos." Ah! no sé lo que me pasa!

Enr. La conmocion!

Nie. La sorpresa!

Val. Sí, la alegría, una alegría inesperada... Por fin, soy libre... soy feliz! Esto produce un singular afecto.

Nie. Y cuando no está uno acostumbrado... Yo he hecho mal en decirtelo asi, sin precauciones... sin prepararte primero. Qué quieres? era tal mi gozo!... Pero eso no será nada, amigo mio, no será nada... la alegría no ha hecho mal nunca... y yo creo que estarás contento... que me darás las gracias...

Val. Sí, amigo mio: sí, ciertamente te doy las gracias... Pero estás seguro de que el rey no está mal conmigo?

Nie. De ningun modo. Pues no ves que te encarga de nombrar tu sucesor, y que formes tú mismo el nuevo ministerio?

Val. Es verdad.

Nie. Ahora podemos irnos á tus tierras de Strawberry, á gozar la sombra de sus hermosos árboles, junto á aquellas aguas cristalinas... podemos marchar hoy mismo.

Val. Hoy no puede ser: tengo consejo.

Nie. Tú no tienes ya consejo, ni tienes nada que te incomode.

Val. Ah! sí, tienes razon. Enrique, tú le dirás

entonces al enviado de Hannover, al cual no he podido dar audiencia hasta ahora, que estoy pronto á recibirle, que le espero.

Nie. Pero qué tienes que ver con eso? A qué te metes en nada? Ya tienes el dia libre.

Val. Es verdad, tienes razon. Y qué quieres que haga?

Nie. Almorzar, que es lo primero.

Val. Es que... ya no tengo gana.

Nie. Pues. Por haber esperado tanto tiempo. (*Un criado da una carta á Enrique.*) Que sirvan el almuerzo. Sí, amigo mio, aunque sea sin gana...

Enr. Es de ella. (*Aparte á Margarita.*) "Sucesos importantes se preparan: (*Lee.*) necesito veros hoy á las tres en la galería principal." (*Con gozo.*) Una cita.

Mar. (Dios mio!)

Val. Qué es eso? Una carta? (*Con viveza.*) Es del rey?

Enr. No señor.

Nie. Del rey ó de otro cualquiera, qué te importa?... (*Llevándosele.*) Echa al diablo todos los negocios... no pienses mas que en el placer, en la alegría... no es verdad, hija?

Enr. Ah! Ya tengo esperanzas!... (*A Margarita*)

Mar. (Y yo no tengo ya ninguna.) (*Valpol, Nieubrog y Margarita se van por la izquierda: Enrique por el fondo.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

VALPOL. NIEUBROG.

(*Valpol sale leyendo unas cartas con agitacion; se sienta en la silla de la derecha. Nieubrog sale por el foro.*)

Nie. Él es! (*Acercándose á Valpol sin que éste lo note, y tocándole en el hombro.*) Roberto!

Val Quién es?... Ah!... Eres tú?

Nie. Enhorabuena, asi!... En tu sillon, descansando, y sin hacer nada. Al fin empiezas á gozar de tí mismo... á estar tranquilo.

Val. (*Impaciente.*) Sí, amigo mio.

Nie. Y siento en verdad venirte á hablar de negocios; pero será por la última vez. El rey te espera dentro de dos horas en su gabinete.

Val. El rey! Tú le has visto?...

Nie. En este momento.

Val. Con que no te separas de él?

Nie. Por interés tuyo: queria saber de tí... y me ha hecho llamar... Me ha recibido!... Aun es-

toy todo turbado! Me ha hablado de mi posicion actual, de mi porvenir, de mi hija... Me ha vuelto á decir: Un amigo de Valpol puede conseguirlo todo... En fin, frases que significan lo mismo que decir: pedidme alguna cosa... Pero ya sabes tú que yo... Ademas, qué le he de pedir?... No se me ocurre nada... Asi es, que no le he hablado mas que de tí, del gozo con que recibiste su carta, de tu agradecimiento, y en fin, de tu salud, que ya va mejor.

Val. (*Impaciente.*) Qué diablos!... Por qué te metes en eso?... Pues te has equivocado. (*Levantándose.*)

Nie. Yo! Y por qué?

Val. Porque no estoy mejor... Porque estoy muy malo.

Nie. (*Tomándole el pulso.*) Y es verdad! Hay síntomas de irritacion y de fiebre nerviosa... Es particular!

Val. Y cómo no ha de ser asi, con este infierno, estas idas y venidas, estas intrigas que me rodean por todas partes? Yo no sé cómo se ha esparcido ya, siendo un secreto entre nosotros, la noticia de mi dimision. (*Mostrando las cartas.*) Amigos y enemigos, todos vienen pidiéndome proteccion para lograr, viviendo yo aun, los pedazos de mi herencia.

Nie. Qué te importa?

Val. Me importa... porque todavía necesito... serenidad... entereza... para no dejarme influir en la eleccion. Ya el conde de Sunderland cree triunfar. Mira cómo su hija decia bien esta mañana. Tengo pruebas de que hay relaciones entre ella y cierto personage... Y estoy persuadido

de que ella cree que me ha derribado!

Nie. (*Riendo.*) Estás loco?... El que te ha derribado soy yo, tu amigo; todo el mundo lo sabe. Es la voluntad de tu médico, ó mas bien la tuya. (*Tomándole la mano.*) Y has hecho muy bien, te lo aseguro... Con que ya te he dicho que el rey te espera en su gabinete para hablar de tu sucesor, y saber qué piensas acerca de esto.

Val. Qué pienso... qué pienso... todavía nada... Es preciso tiempo.

Nie. Pero el pais no puede estar asi sin ministros... Y si se acostumbrara á eso, dónde iriamos á parar!

Val. Bien lo sé... Pero combinar de repente un nuevo ministerio, nombrar siete ú ocho personas que agraden al rey, te parece que es cosa facil? Dónde los he de hallar?

Nie. Bah! En buscando bien...

Val. Por mas que busco, no encuentro quien pueda sostener semejante carga.

Nie. Habrá personas que se sacrifiquen...

Val. (*Impaciente.*) Y quiénes? Tú?

Nie. Yo! Qué estás diciendo? Yo reemplazarte y ser primer ministro? Sería eso posible? No digo yo que... si hubiera algun empleillo moderno... algun puesto oscuro... en los ministerios... no pudiera yo tan bien como el primero...

Val. Tú, Guillermo, lanzarte en la administracion? Tú, un médico?

Nie. En primer lugar ya no soy médico... soy diputado! Y no sería la primera vez que me ocupase en asuntos políticos. En Inglaterra todo el mundo se ocupa en ellos, y yo he dado pruebas...

Val. En tus escritos, es verdad; pero no has ejercido ningun empleo...

Nie. Tanto mejor! No tengo antecedentes, no tengo sistema conocido. Puedo adoptar el que me parezca. Ademas, yo no soy exigente, yo no quiero brillar; al contrario. Para empezar hay ministerios de poca consecuencia, que cualquiera puede desempeñar, y que no tienen mas trabajo que el de estarse en él todo el dia: eso es lo que me conviene... Y aunque sea menos.

Val. Pero tus fuerzas, tu salud...

Nie. Yo estoy bueno. Y luego, en caso de peligro, yo sabria mejor que nadie los remedios.

Val. Eso es cierto. Pero y tu reposo, amigo mio, tu tranquilidad?

Nie. Se sacrifica por algun tiempo. Con tres ó cuatro años de esfuerzo... y luego, cuando uno ha hecho su negocio, se retira con un buen retiro; una plaza inamovible donde se pase con tranquilidad.

Val. Hola, hola! Empleos, títulos! Tú que ayer mismo...

Nie. Ay Dios mio!... Ya adivino lo que vas á decirme! Eso sería bueno si yo fuese ambicioso... pero no lo soy. Yo no me ofusco, yo no me alucino; no soy amigo de títulos ni dignidades; los desprecio tanto como tú. Pero, amigo mio, lo que yo hago no es por mí, es por mi hija, por establecerla... porque ya sabes, la hija de un ministro se casa al instante. En cuanto consiga esto, yo te lo juro, me voy, me retiro á las tierras de mi yerno, ó vuelvo á mis enfermos: estos al menos bendecirán mi administracion, y yo procuraré que no sean los

únicos. Estos son mis planes: qué tienes que responder?

Val. Nada, amigo mio; hablaré á S. M., que se alegrará mucho. Te colocarémos entre los lores de la tesorería ó del almirantazgo, ó entre los consejeros del rey.

Nie. (*Yéndose.*) Como quieras... pero silencio! Que esto quede entre nosotros. (*Volviendo.*) Ah! No sería malo que asi como por una indiscrecion se te escapase decirle al rey que soy yo el autor de las Cartas Irlandesas.

Val. Y el empeño que tenias en guardar el anónimo? Y tu modestia?...

Nie. Ya no hay necesidad, puesto que voy á colocarme. Por lo demas, esto que te digo...

Val. Bien... Pero déjame un rato reflexionar... porque si el rey me espera...

Nie. Sí, amigo mio; te dejo, y cuento contigo.

Val. Pierde cuidado. (*Vase Nieubrog.*)

ESCENA II.

VALPOL.

Tambien éste! Tambien éste! ambicioso como los demas! Todos lo son! Pero yo no entiendo á esos hombres. Qué vértigo, qué delirio, qué fiebre los alucina! Éste al menos no se ciega, se hace justicia, conoce que no puede reemplazarme... pero los otros... Qué espectáculo! Qué cuadro! Esta silla que estoy ocupando todavía, ya se la disputan entre sí! Ah! Qué horror! Qué escándalo! Me avergüenzo de la especie humana! Sin embargo, el rey lo exige,

quiere que yo le designe mi sucesor! Es preciso decidirme!... Es preciso que sea yo mismo quien lo lleve al poder, quien le sirva de escalon! A quién elegiré, Dios mio! Al conde de Sunderland? Ese quisiera el rey... y yo tambien... porque es un hombre incapaz, y no me veria yo olvidado... Pero su hija queria derribarme. No... jamas, jamas! Creerian que lo habian conseguido! Bolingbroke... mi antiguo antagonista... gran cabeza, hombre de talento; pero vendrá con su sistema opuesto al mio, y destruirá lo que yo he hecho. Stanhope, que está ahora en mi favor, que es de mi partido; pero se aprovechará de mis ideas, recogeria el fruto de lo que yo he sembrado, y sin trabajo ninguno iria tal vez mas allá. A quién elegiré? A lord Carteret? Un aturdido que no quiere mas que la guerra. A lord North? No entiende nada de comercio. Pero calla! Este Nieubrog, apoyado por la oposicion... podria dar lugar á una nueva combinacion. Es un hombre de bien, y poco temible; hombre de talento, publicista distinguido, autor de las Cartas Irlandesas. Sí... pero una cosa es manejar la pluma, y otra el timon del Estado; una cosa es escribir, y otra gobernar! Nieubrog no tiene costumbre ni esperiencia de los negocios... Y lo peor de todo es que ni él ni los otros tienen el instinto, el tino, el tacto necesario... ninguno de ellos tiene... lo que no se aprende, lo que es indispensable... en una palabra, lo que tengo yo... y entre todos ellos á nadie encuentro mas que á mí. Pero yo... no tiene remedio, me voy, me retiro! (*Siéntase á la derecha.*)

ESCENA III.

VALPOL. ENRIQUE.

Enr. (*Aparte.*) A las tres... en la galería principal... aqui es.

Val. Ah! Eres tú!

Enr. Cielos! mi tio!

Val. Ven, hijo mio, ven á ayudarme, ven á aconsejarme.

Enr. Pues qué hay? qué os inquieta?

Val. Esta obligacion que me ha impuesto el rey de designarle mi sucesor. Por mas que pienso, por mas que cavilo... no sé qué resolver. Yo elegiria á cualquiera; pero es preciso corresponder á la confianza del rey, y colocar el poder en manos que sean dignas de él.

Enr. En nuestro pais, gracias al cielo, hay tantos hombres de mérito!...

Val. (*Con ironía.*) Tú lo crees asi!... Pues dime cuáles?

Enr. (*Mirando al rededor con inquietud.*) Vos los conoceis mejor que yo. Pero á la verdad, semejante encargo envuelve una responsabilidad que á mí, en vuestro caso, me haria temblar.

Val. Eso es justamente lo que me inquieta, lo que me atormenta.

Enr. Pues bien, entonces por qué aceptais? Rehusad semejante honor, y que el soberano se dirija...

Val. A quién?

Enr. A la nacion misma: ella conoce mejor que nadie sus verdaderos intereses: ella designará por sus votos el ministro que le convenga. De-

jadla que lo elija, y no os inquieteis por eso, como no me inquieto yo.

Val. (*Levantándose.*) Cómo! De verás esto no te inquieta?

Enr. Nada absolutamente.

Val. (*Apoyándose en su hombro.*) Cómo! Este poder que tengo en mi mano, y del cual puedo disponer, no te ha dado nunca que pensar, no ha dispertado en tí ninguna idea, ninguna esperanza?

Enr. Ninguna. Yo no quiero nada, ya lo sabeis. (*Mirando siempre.*) Mis deseos no van por ese camino.

Val. Pero, en fin, tú eres mi amigo, mi sobrino, casi mi hijo; y este poder soberano, este brillante destino que todo el mundo envidia, si yo te lo ofreciese!...

Enr. Lo renunciaria.

Val. (*Despues de una pausa.*) Este es el hombre que necesitamos! Honor, talento, instruccion, todo lo reune! Es otro yo! Y no sé cómo he dudado, cómo he andado buscando fuera lo que tenia en casa, en mi familia.

Enr. Os doy gracias, querido tio; me basta que hayais pensado en mí solamente para tenerlo á orgullo toda mi vida; pero ya os lo he dicho, no puedo aceptar.

Val. Y por qué razon?

Enr. (*Impaciente.*) Ni mi carácter ni mis inclinaciones me lo permiten. Yo no podria soportar la carga de los negocios, demasiado pesada para mi juventud y para mi inesperiencia.

Val. (*Gozoso.*) No importa nada, hijo mio, no importa nada eso. No estoy yo aqui? Nada ten-

drás tú que hacer: yo te ayudaré: yo continuaré bajo tu nombre.

Enr. Me colmais de bondades, señor, pero...

Val. Tú harás lo que quieras: no seré yo, será el rey quien se encargue de vencer tus escrúpulos. Él me pide un sucesor, y yo voy á designarle el mas capaz, el mas digno, el que yo amo, el que prefiero á todos.

Enr. Pero tio... (*Viendo á Cecilia.*) Oh Dios! Es ella.

Val. La condesa de Sunderland! A tiempo viene; puedes anunciarle esta noticia. Tendré un placer en que esta señora sea la primera que la sepa. A Dios. Voy al cuarto del rey, que me está esperando.

ESCENA IV.

CECILIA. ENRIQUE.

Enr. Se va!... Temí que vuestra llegada le infundiese sospechas, aunque ahora no está para pensar en nada.

Cec. En efecto, algun gran proyecto le ocupa; y esa noticia que os ha mandado darme, envuelve seguramente algun misterio que él desea que yo ignore.

Enr. Ninguno .. no hay en esto secreto... Los tendria yo para vos? Su poca salud le obliga á dar su dimision... á dejar el ministerio.

Cec. Ya lo sé.

Enr. Y está empeñado en que yo le reemplace.

Cec. Es posible!... Vos, Enrique, vos primer ministro... Pues bien, eso es lo que yo queria hacer.

Enr. Hablais de veras?

Cec. Queria hablar con vos para comunicaros mis proyectos y mis esperanzas, para asegurar, en fin, un triunfo á que tantos obstáculos se oponian... y que nunca creí tan facil.

Enr. No puedo comprender lo que me pasa... vos teníais tanta ambicion por mí... que tengo tan poca?

Cec. Qué decis?

Enr. Que no admito semejante destino... ya lo he renunciado, y lo renunciaré mil veces, aunque el rey se empeñe en que lo acepte.

Cec. Pero no os haceis cargo...

Enr. De qué? Bien sabeis cuáles son mis deseos... bien sabeis de quién depende mi felicidad. Si vengo á vuestra presencia lleno de susto y conmocion, si al acudir á vuestra cita late mi corazon con tal violencia, creeis que sea por el temor de no obtener ese vano título... ese empleo... esos honores?... Ah! no. Mi temor era el perder un tesoro mas querido, pues sabia que iba á veros acaso por la última vez.

Cec. Cómo es eso!

Enr. Es forzoso que mi suerte se decida! Es forzoso que hableis... aunque sea para quitarme toda esperanza!... Sed franca conmigo. Mi amor es demasiado cierto, demasiado sincero, para no desarmar esa cruel indiferencia: os amo tanto, Cecilia, que bien merezco al menos el honor de un desengaño.

Cec. Y qué! podeis pensar...

Enr. Ya os lo he dicho: yo os amo!... Y aunque no os he visto corresponder á mi amor, tampoco os he visto desdeñarlo... os he visto

agitada, conmovida... como en este momento... Cecilia!... responded: quereis ser mia?... Iré á pediros á vuestro padre... á la reina... al rey mismo...

Cec. (*Aterrada.*) Ah! Guardaos bien de eso!...

Enr. Me lo prohibis... Y por qué? Quiero saberlo... Creeis que la sangre Churchill no puede unirse á la nuestra?... Temeis que vuestra abuela, que el conde de Sunderland su yerno se ofenda de mi osadía?

Cec. No, milord... Ellos se creerian muy honrados... No son ellos quien se opondrian.

Enr. Quién se opondria entonces? Hablad por Dios.

Cec. Pues bien... Yo!... yo sola!

Enr. Ah! Esa es la verdad!... Que vos no me amais... que nunca me habeis amado! Os habeis gozado en mis tormentos!... Y os atreveis á confesármelo... y al separarme para siempre de vuestra vista, llevaré tan triste idea de vos... de vos, á quien tanto he amado, y á quien ahora...

Cec. Ah! No acabeis, milord, no acabeis de matarme... Vos no sabeis... no sabreis nunca cuán desgraciada soy! Acusadme de falsedad, de coquetería, no volvais á verme, tendreis razon. Merezco vuestro enojo, aunque no tanto como creeis. Porque esta muger que tratais asi, que acusais de falsa, os ocultaba sus designios, es verdad; pero sus designios no tenian otro objeto que vuestra gloria y vuestra fortuna. Yo estaba persuadida, y ya veo que me engañaba, de que la ambicion de Valpol trataba de alejaros del poder, y mi intencion era acerca-

ros á él; el influjo de mi padre, el poder de mi familia, el favor de que yo gozaba con la reina, todo queria emplearlo para colocaros en el rango supremo que yo ansiaba para vos. Esta era mi única ambicion: yo me decia á mí misma: Cuando él se halle en la cumbre de los honores, cuando nada falte á su gloria y á su poder, entonces sabrá que yo he contribuido á ello, que yo he sido la primera causa, que yo he podido renunciar á él, pero no á su felicidad, y tal vez concederá una lágrima á mi memoria... tal vez entonces dirá: Cuánto me amaba!...

Enr. Vos me amais! vos!

Cec. Ah! todavía lo duda!...

Enr. Por qué entonces rehusais mi mano?

Cec. Yo esposa vuestra! Sabeis, Enrique, que ese sería el colmo de mi felicidad? Qué mayor dicha, qué mayor orgullo que llevar el nombre del que se ama, y poder decir: Su gloria es mia, sus triunfos son mios! Creeis que para renunciar á tantas ilusiones no se necesita mucha fuerza de alma... no se necesita tener aqui... (*Señalando el corazon.*) mucho valor... (*Con delirio.*) ó mas bien mucho amor?

Enr. Oh cielos! Acabad!

Cec. Pues bien! Sí... mi turbacion... mi conmocion... todo, todo debe indicaros que existe un secreto... que debo callar... que no puedo revelar sin perderos... Y bien: me lo exijis aun?

Enr. No, nada os exijo: os creo; creo en vuestra ternura.

Cec. Pues bien; si eso es cierto, necesito una prueba, una sola.

Enr. Hablad! Yo juro obedeceros al instante.

Cec. Pues bien: aceptad el poder que os ofrecen: vuestro mérito, vuestros talentos os llaman al primer puesto!... ocupadlo; cumplid vuestro destino... probad que su peso no es superior á vuestras fuerzas, y que al veros mas grande aun que vuestra fortuna, la Inglaterra un dia os honre y os admire. Hé aqui, Enrique, la única prueba de amor que exijo de vos.

Enr. Ah! Cómo he de resistir á ese acento que me eleva hasta los cielos?

Cec. Bien, Enrique, bien... aceptais!... Ese era todo mi deseo... Ya no me importa mi suerte... A Dios!... A Dios! Que no nos sorprendan juntos... Vuestra... vuestra desde ahora. Esta noche... en el cuarto de la reina. (*Vase por el foro.*)

ESCENA. V.

ENRIQUE.

Vuestra!... Vuestra desde ahora!... Ah! apenas puedo creerlo: lo que acabo de oir ha dejado en mi alma una conmocion que turba mis sentidos. Ella me ama... ella es mia!... Esto es todo lo que sé; esto es todo lo que mi corazon me recuerda. (*Mirando adentro.*) Mi tio, y el rey... qué fatalidad!... Yo necesitaba ahora quedarme solo con su memoria.

ESCENA VI.

ENRIQUE. JORGE. VALPOL.

Val. Sí señor; ya os he esplicado los motivos de mi eleccion; y puesto que V. M. los aprueba, aqui está mi sobrino, que tengo el honor de presentaros, un leal servidor consagrado á la persona del rey y al servicio de la patria.

Enr. Señor...

Val. He hecho presentes tus temores, tus dudas... pero S. M. no ha tenido á bien tomarlos en consideracion.

Enr. Debo con razon desconfiar de mis fuerzas... pero una vez que V. M. lo exige, yo sé cuál es mi deber.

Val. (*Gozoso.*) Lo acepta!...

Jor. Enhorabuena.

Val. (*Con menos gozo.*) Lo acepta!... Todavía es jóven; tiene poca esperiencia, pero yo estaré á su lado.

Enr. En eso confio.

Jor. Y por qué se ha de escluir de los negocios á los jóvenes? Yo creo que es un error. Hay en su imaginacion aquel entusiasmo que produce ideas grandes y generosas; tienen ardor para emprender, y actividad para ejecutar; hasta los mismos defectos que se les suponen, esa confianza, esa franqueza que disgusta á los diplomáticos viejos, á mí me parecen otras tantas cualidades apreciables. El medio de ser diestro en el dia, es acaso decir la verdad.

Val. No hay duda... porque nadie la creerá: y bajo ese concepto mi sobrino tendrá destreza

para engañar á todos los gabinetes de Europa. Felizmente yo estaré á la mira para encaminarlo de cuando en cuando por el sendero de nuestros antiguos usos.

Jor. Vos le pondreis al corriente de nuestras relaciones con las potencias.

Val. Sí señor: eso pide algun tiempo. Pero no hay cuidado.

Jor. Que conozca nuestra situacion interior... las órdenes que deben darse en Escocia.

Val. Sí señor: yo me encargo de todo.

Jor. En cuanto á los últimos cambios en la administracion...

Val. No tiene que inquietarse... A mí me toca...

Jor. Y por lo que hace al nombramiento de los demas miembros del consejo...

Val. Ya lo tengo hecho; todo está corriente. Desde hoy puede entrar en sus funciones. Voy á buscar la cartera para que la reciba de manos de V. M. Todo el trabajo está allí preparado. Y asi seguiremos siempre; de modo que en adelante no tendrá mas que poner...

Jor. Qué?

Val. Su firma! Soy al instante con V. M., (*Saludando á Enrique.*) y con S. E. (*Vase.*)

ESCENA VII.

JORGE. ENRIQUE.

Jor. Ya está vuestro tio libre y contento, segun parece.

Enr. (*Distraido.*) Perdonad, señor; creo que V. M. me ha dirigido la palabra...

Jor. (*Sonriendo.*) Veo que mi nuevo ministro está sujeto á distracciones... No importa... Eso entre los hombres de Estado suele pasar por gravedad, por profundidad. Decia que Valpol está contento con vós, porque temia que renunciáseis: asi me lo habia dicho muy formalmente.

Enr. Y es verdad, señor; estaba decidido, enteramente decidido á hacerlo.

Jor. Cómo! De veras teniais intencion de oponeros á los deseos de vuestro tio?... á la voluntad de vuestro rey? Y era tal vez por consideraciones de Estado?

Enr. No señor.

Jor. Por consideracion á algun sistema que por fin habeis abandonado?

Enr. No señor. Y suplico á V. M que me permita ocultarle los motivos que me determinaban á ello.

Jor. Y por qué?

Enr. Acaso le parecerian á V. M. poco dignos de la gravedad que debe suponer en su ministro.

Jor. Ay, Dios mio!... No lo creais. La gravedad me fastidia estraordinariamente, y me alegraria de que se desterrase; con que hablad sin temor, Enrique.

Enr. Pues bien, señor. Confieso que me habia propuesto renunciar; pero una persona que tiene imperio sobre mí despertó en mi corazon sentimientos de ambicion y gloria, que han triunfado de mis temores, y me han decidido á aceptar.

Jor. (*Sonriéndose.*) Segun el tono con que lo decis, apostaria á que esa persona es una muger.

Enr. Es cierto.

Jor. (*Sonriendo.*) Lo habia adivinado. Ya veis, con vuestro tio no podia hablar sino de asuntos de Estado; su edad, su carácter... y luego es el campeon de la reina... su defensor!... la respeta mucho... y yo tambien!... la respeto y la amo; pero al menor desliz se creeria autorizado á predicarme, como súbdito fiel y celoso, y eso es un fastidio insoportable. Asi es que ahora entre nosotros...

Enr. Quién! Yo, señor?

Jor. Creeis que un rey no puede nunca descender de la elevacion de la política ó de la etiqueta? creeis que no desea en el fondo de su corazon hallar un amigo á quien poder fiar sus penas?

Enr. Qué decis!

Jor. (*Suspirando.*) Que yo tambien, mi querido Enrique, puede que tenga aqui (*Señalando el corazon.*) mas de una pena! Pero ahora tratamos de vos, de vos, que conozco que amais... que estais enamorado.

Enr. Con toda mi alma!

Jor. Ya lo entiendo: y sois feliz?

Enr. Ah! No señor: ella me ama; me lo ha dicho; pero rehusa mi mano.

Jor. No es posible.

Enr. Rehusa ser mia.

Jor. Pues bien... A mí me sucede todo lo contrario.

Enr. De veras?

Jor. Como lo estais oyendo. Ya veis qué vida, qué felicidad la nuestra. Descansaremos de los negocios públicos hablando de nuestras penas. Qué fortuna! Yo que temblaba la hora del con-

sejo, ahora la veré llegar con placer.

Enr. Y yo que temblaba ser ministro!...

Jor. Ya veis que eso no vale nada: todo consiste en entenderse. (*Tomándole la mano.*) Y nosotros nos entendemos ya. (*Con misterio.*) Vaya, Enrique, decidme...

Enr. Mi tio viene.

Jor. Qué fastidio! Silencio delante de él.

ESCENA VIII.

ENRIQUE. JORGE. VALPOL.

Val. (*Dejando la cartera sobre la mesa y sacando de ella un papel.*) Este es el negocio mas urgente de que V. M. debe instruirlo. Es relativo á la España.

Jor. (*Tomando el papel.*) Bien: ya hablaremos de esto, pero ahora no puede ser: tengo que salir á caballo con la reina. (*Aparte á Enrique.*) Ella lo ha dispuesto.

Enr. Me será permitido acompañar á SS. MM.?

Jor. Sí: tendré mucho gusto en que nos acompañeis. (*A Valpol.*) Amigo, esto es escelente... Un ministro jóven... que monta á caballo!... (*A Enrique.*) No podremos hablar, porque la reina estará delante... pero despues... (Esta noche hay baile en palacio... asistireis.)

Enr. Sí señor. No faltaré.

Val. (Qué tendrán que hablar en secreto?) — Ya que V. M. no piensa ver ahora estos papeles, los recogeré...

Jor. (*Dándoselos á Enrique.*) Eso le toca á En-

rique: tomad, examinadlos, y presentad un informe sobre esta cuestion.

Val. Cuestion muy importante, porque se trata de la paz ó de la guerra.

Enr. No puedo menos de manifestar á V. M. que yo creo que deben vengarse las injurias hechas al pabellon nacional... Esta ha sido siempre mi opinion.

Val. Sí, cuando no eras ministro; ideas de jóven, ideas caballerescas; pero ahora...

Enr. Ahora, señor, lo creo un deber; tal es al menos mi opinion.

Val. La mia no: antes que todo son los intereses comerciales.

Enr. Antes que todo es el honor del pais.

Val. Pues yo sostengo...

Jor. Permitid... Eso le toca á él; él es el responsable.

Enr. Perdonad, tio, que sea de una opinion contraria á la vuestra; pero no me condeneis sin juzgarme. Yo esplicaré, yo desenvolveré las razones en el informe que S. M. se ha dignado pedirme, y que someteré antes á vuestro juicio.

Jor. Como gusteis... ó entregádmelo á mí desde luego. No quiero que haya entre nosotros ceremonias ni etiquetas; no nos tratemos como rey y ministro, sino como dos amigos: esta amistad que os ofrezco... (*Alargándole la mano.*) La aceptais, Enrique?

Enr. (*Inclinándose.*) Ah señor! Cómo podré pagar á mi tio la dicha que me ha proporcionado!

Jor. Y á mí tambien! (*A Valpol.*) Porque este es el ministro que yo necesitaba.

Val. De veras?

Jor. Sí: ya hemos hablado, y he visto que teniais razon en ponderármelo: todo lo reune; capacidad, talento, conocimiento de los negocios... (*A Enrique.*) Y en cuanto á lo último de que hemos hablado, os encargo la mayor reserva.

Val. Cuál?... De qué se trata?

Jor. Nada... es cosa nuestra. (*A Enrique.*) Me han dicho que teniais á pocas leguas de Londres una *villa* italiana, una posesion deliciosa.

Enr. Una quinta de soltero...

Jor. Mañana iré allá á que me deis de almorzar, y hablaremos con mas descanso que aqui. (*A Valpol.*) Vos, querido Roberto, hasta que todo esté arreglado, os encargo el mayor silencio acerca del nombramiento de vuestro sobrino. (*Viendo salir un page.*) Ya nos esperan... Venid, querido Enrique. (*A Valpol yéndose.*) A Dios, milord.

Enr. A Dios, querido tio.

ESCENA IX.

VALPOL. (*Paseándose pensativo.*)

Estoy contentísimo!... Ya está en favor mi sobrino!... El rey se ha hecho amigo suyo, y va mañana á almorzar á su casa... (*Pensativo.*) Nunca ha venido á almorzar á la mia... Qué negocio será ese de que hablaban, y para el cual les estorbaba mi presencia! En otro tiempo no tenia secretos para mí... Quién me roba su confianza?... quién me ha derribado de su gracia?... Lord Enrique... Oh! no: no puedo

creerlo... Es tan franco, tan sincero... como que todavía no ha entrado en los negocios... sin embargo, me pareció que estaba de inteligencia con el rey; combatió mi opinion delante de él, se declaró mi adversario, mi enemigo... y luego ese almuerzo... ese almuerzo!... y él no dijo nada... lo aceptó... ingrato... debiéndomelo todo á mí!...

ESCENA X.

VALPOL. NIEUBROG.

Val. (*Tomándole las manos.*) Ah! eres tú, mi amigo... mi único amigo!...

Nie. Has visto al rey?

Val. Sí.

Nie. Me lo figuré... porque le he visto salir de aqui... y me ha saludado con un aire de bondad al atravesar el patio, que estaba atestado de palaciegos.

Val. Iba solo?

Nie. No: iba amistosamente apoyado en el brazo de lord Enrique, y todos decian: Qué favor tiene ese Valpol! basta ser sobrino suyo para verse tratado por el rey como un miembro de la familia real. Al pasar S. M. por entre el pueblo y los marineros que le habrian calle, empezaron estos á decir en alta voz: La guerra! la guerra! la guerra á España! — Ya lo ois, señor, esclamo lord Enrique. — Pues bien, valiente oficial, le dijo el rey dándole en el hombro, habrá guerra. No os parece?

Val. Eso dijo?... Tan formalmente lo prometió?

Nie. En alta voz, delante de todo el mundo; y en el momento resonaron por todas partes gritos de viva el rey!... viva Valpol!... Porque creen que tú continúas en el ministerio. Cómo me reía yo!... Qué originales son los hombres! Y con qué poca cosa se les... Y dime, te has acordado de mí?

Val. Sí, amigo mio, sí: te he puesto en una lista que debo presentar al rey, y que será aprobada, no me cabe duda.

Nie. Me colocas en la tesorería, ó en el almirantazgo?

Val. (*Con misterio*) Qué dirias tú si hubiese medio de hacerte subir mas arriba... de llegar al primer puesto!...

Nie. No, no, no me mientes!.. Ya sabes que yo no tengo ambicion! un ministerio inofensivo, tranquilo, modesto, en que me halle yo al abrigo de los negocios... eso es lo que me conviene.

Val. Y por qué? No te haces justicia. Tú tienes títulos, y ademas eres hombre maduro... de juicio...

Nie. Verdad es.

Val. (*Con amargura.*) Éste no es un mozalvete! éste no monta á caballo...

Nie. Nunca.

Val. No tiene quinta elegante... ni casa de campo...

Nie. Todavía no!... pero puedo tenerla... y como el rey quiera...

Val. (*Apretándole la mano.*) Querrá... yo te lo aseguro. Habrá obstáculos... y ostáculos terribles... Los reyes son tan caprichosos... olvidan

tan facilmente los servicios pasados... pero descuida. En un gobierno como el nuestro, no basta ser favorito del rey para ser ministro: es preciso tener opinion y talento.

Nie Cuánto sabes!

Val. Es preciso tener en su favor la mayoría... la opinion pública... y veremos...

Nie. Sí, amigo mio, sí, veremos... pero tranquilízate. Estás en un estado de exaltacion que me pone en cuidado. Tú has hecho dimision para estar tranquilo...

Val. Y lo estoy, amigo mio, lo estoy.

Nie. (*Mirando por el foro.*) Oyes esos gritos?... Ya se marcha el rey... va á caballo... tu sobrino está á su lado... á su derecha.

Val. (*Colérico.*) A su derecha!... Estás seguro?

Nie. Toma! Si lo estoy viendo... Ay Dios mio! Se le ha caido el látigo... el rey le ofrece el suyo... Ah! Qué honor!

Val. (Esto ya es demasiado!) — Ven... ó pierdo el nombre que tengo, ó he de derribar á todos los que aspiran al poder.

Nie. Los derribaremos!...

Val. Y supuesto que el rey se ha empeñado en que haya guerra...

Nie. Habrá guerra... esa la hay siempre que se quiere: no sucede asi con la paz.

Val. (*Llevándoselo.*) Ven pronto, ven, no perdamos tiempo. (*Vanse por el foro.*)

ACTO CUARTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. MARGARITA.

Mar. (*Saliendo por la derecha.*) Sí, papá, aqui os esperaré.

Enr. (*Saliendo por el foro.*) Margarita... cuánto deseaba veros... Estoy tan contento!... Soy tan feliz!...

Mar. Decidme por qué, para que yo tambien lo sea.

Enr. Han ocurrido desde esta mañana tales mudanzas, tales acontecimientos!... Básteos saber que ya estoy en favor, que lo puedo todo, que poseo la confianza y la amistad del rey. Él me concederá todo lo que yo quiera. Asi es que al momento me he acordado de vos.

Mar. De mí!

Enr. O del que vos amais, que es lo mismo: he mandado llamar á vuestro primo Tomás Kinston...

Mar. Oh cielos!

Enr. Ayer le hice obtener un empleo, y hoy le

voy á dar otro mejor, mucho mejor. Voy á colocarlo á mi lado, en la cancillería. Si hubiérais visto cuánta fue su gratitud, y sobre todo su asombro, porque no sabe de dónde le viene su fortuna.

Mar. (Lo creo.)

Enr. Ahora que sois rico ya, le dije, ahora que teneis asegurada vuestra suerte, no pensareis en estableceros?

Mar. Gran Dios!

Enr. No temais! Nunca hubiera aventurado una sola espresion que os hubiera comprometido!... Él mismo ha sido quien confiándose á mí, como á su protector, me ha dado á entender que tenia miras acerca de una jóven, prima suya, cuyo padre acababa de ser nombrado miembro de la cámara de los comunes... En fin, sin faltar yo al secreto que vuestra amistad me habia confiado, le he obligado á que se declare... á que se presente á vos.

Mar. Dios mio!

Enr. Y debe venir. (*Mirándola con ternura.*) En verdad, Margarita, que lo tengo por muy feliz. Creo que no hay nadie en el mundo que no deba envidiar su suerte. Ya está seguro de obtener el consentimiento de vuestro padre... Y su nueva fortuna... mi proteccion y la vuestra...

Mar. No sé.. Dudo aun que papá...

Enr. Consentirá. Yo me empeñaré con él.

Mar. Tanta bondad! Os ocupais demasiado de mí. Hablemos de vos... de vos antes de todo!... Nada me decis de lo que os ha sucedido... de esa entrevista, de esa cita que os habian dado.

Enr. Ah! Vais á tomar parte en mi felicidad!...

Y me es tanto mas dulce, cuanto que hay en nuestro destino una especie de secreta simpatía que nos hace ser felices ó infelices al mismo tiempo. Sabed que me hallo en el mismo caso que vos.. ya soy amado.

Mar. Oh cielos!

Enr. Sí, me ama... sí, no me cabe duda, y aunque ciertos obstáculos, cierto secreto que debo respetar, la impiden en este momento darme su mano... estoy seguro al menos de que este enlace es ya el objeto de sus deseos. Acabo de escribirla, pidiéndola que apresure tan precioso instante; y espero que en breve nada se opondrá á nuestra union, ni tampoco á la vuestra. Voy á esperar su contestacion. Nos veremos luego en casa de mi hermana ladi María, no es asi? A Dios, Margarita, á Dios... guardad mi secreto.

ESCENA II.

MARGARITA.

Su secreto! Aqui está, (*Señalando el corazon.*) aqui está despedazándome el corazon!... Él es amado!... Al escuchárselo crei morir... por fortuna él nada ha observado... su alegría no le dejaba ver mi dolor! Sea feliz, Dios mio!... Este es mi único deseo!... Y para mí todo se acabó.

ESCENA III.

MARGARITA. NIEUBROG.

Mar. Marchémonos, papá, marchémonos.

Nie. Qué te ha dado ahora? qué tienes?

Mar. Volvámonos á casa; no estemos mas en estos sitios, que ojalá no hubiera pisado nunca.

Nie. Pues no te gustaba tanto esta mañana?

Mar. Esta mañana... qué diferencia! No sabia yo... ó por mejor decir, creía... Y vos tambien no deciais que era insoportable...

Nie. A primera vista... es cierto!... pero asi que uno se acostumbra...

Mar. Yo no me acostumbraré jamas... vámonos, papá; estoy mala.

Nie. (*Tomándole la mano.*) Es posible!... Pues bien, hija, nos iremos... Pero aguarda un instante. Estoy esperando á mi amigo Valpol, que tiene cierto proyecto... me ha dicho que no me vaya, porque tengo probabilidad...

Mar. De qué?

Nie. De ser ministro.

Mar. Vos, papá!...

Nie. Y por qué no?... como otro cualquiera!... Y luego que no soy yo... él es quien se ha empeñado... Y cómo se desaira á un amigo que lo toma con tanto interes!... Confieso francamente que yo vine aqui mal prevenido... y luego poco á poco... Qué quieres? la vista se acostumbra á esta pompa, á este lujo que nos rodea... El oido se acostumbra tambien á esos títulos de S. G., S. S., S. E... y ademas otras ideas... al ver esas damas tan compuestas, tan brillantes, tan obsequiadas, me acuerdo de tí, y me figuro verte como ellas... te veo en mi coche, en mi salon haciendo los honores, en mi palco de la ópera, y las oigo decir: Es ella, es la hija del ministro. Cuando pienso en

esto, hija mia, me pongo fuera de mí... me vuelvo loco, y... no sé si esto es ambicion ó amor paternal.

Mar. Pues bien, papá, si me amais tanto... no me tengais aqui, porque me moriré.

Nie. Que estás diciendo?... Morirte!... Vámonos, hija mia, ven, vámonos al instante... haré mi dimision!... Qué habia de hacer aqui en el ministerio sin mi hija, sin mi amor? Pero dime... cuéntaselo á tu padre: por qué estás asi?... que te ha puesto triste?... tendré yo acaso la culpa?...

Mar. No, mi querido papá, no... Os acordais que ayer, cuando me proponiais aquel sugeto... os ofrecí que si llegaba á amar, os lo confesaria?... Pues bien, papá, ha llegado el caso!

Nie. De veras?

Mar. O por mejor decir... ha pasado!... No, no quiero pensar en él, quiero olvidarlo... Es uno á quien no podré unirme jamas... Un lord, un gran señor!..

Nie. Ya sé quien dices!... Es el mismo en quien yo he pensado siempre... el mismo que yo deseaba por yerno... lord Enrique.

Mar. (*Sobresaltada.*) Silencio!... Por Dios.

Nie. Razon mas para que yo sea ministro!... Es el único medio de estrechar las distancias.

Mar. Imposible!

Nie. Y por qué no hemos de tantear? Si sale mal me marcho, y tan contento porque voy contigo. Pero si se logra... si Valpol consigue lo que quiere para mí... ya ves cuán terrible sería renunciar á un ministerio.

Mar. Aun pensais en eso!

Nie. Sí! Qué quieres? No lo puedo desechar.

Hay aqui en el aire que se respira un no sé qué, una cosa que trastorna la cabeza. Yo me tomo el pulso, y creo estar como estaba Roberto esta mañana... los mismos síntomas.

Mar. Razon mas para que nos marchemos.

Nie. Es verdad! (*Viendo á Valpol.*) Él es, aqui viene. Espérame en casa de ladi María. Voy á hablar dos palabras, dos nada mas, y dentro de una hora te ofrezco que nos iremos. (*Vase Margarita por el foro.*)

ESCENA IV.

NIEUBROG. VALPOL.

Val. (*Por la derecha con un papel.*) Hé aqui el informe que acaba de entregarme escrito por él, de su mismo puño, y en muy pocas horas! Por mas que lo repaso nada encuentro... Vive Dios que está bien escrito!... perfectamente!.. concluye opinando por la guerra... por esa guerra de España que todos piden!... con esto se hará popular!.. será el ídolo del rey... el ídolo de la nacion!... y yo despreciado, ultrajado... mas aun: olvidado!... ya casi lo estoy!

Nie. Y bien, mi querido amigo?

Val. Esto va mal! He esperado al rey en su gabinete á la vuelta del paseo. Le he hecho francamente, y por interes suyo, mis nuevas reflexiones, y los temores que he concebido acerca de la eleccion que quiere hacer.

Nie. Pues qué, ha pensado en alguno... en algun favorito?

Val. Sí: un miembro de la cámara alta... un jó-

ven lord, que aunque ciertamente no carece de mérito, no tiene la menor esperiencia. Yo le hice observar al rey, que aunque el tal reuna los mayores talentos, no tenia hasta ahora partido, no tenia apoyo en la cámara de los comunes. Entonces empecé con cierta maña á hablarle de tí, le hice ver que tú, como miembro de la oposicion, podias lograr que se uniese al gobierno y efectuar asi una fusion entre los wigs y los torys.. que era, en fin, en buena política, una prueba que se debia hacer.

Nie. Cierto... Y qué?

Val. Nada. El rey indiferente y distraido, apenas me escuchaba, me respondia con impaciencia... Ah! es la primera vez de mi vida que no he tenido influjo con él.

Nie. Cómo ha de ser!... Paciencia: mejor es lo que yo te decia esta mañana: un ministerio secundario... eso me basta.

Val. Dios sabe si tendré ya influjo ni aun para eso... Hay una intriga... una traicion infernal! Podrás creer que los partidarios del conde de Sunderland eran los que mas trabajaban por él, los que mas le protegian?

Nie. A quién? A mi jóven rival?

Val. Al mismo. Ladi Cecilia, que yo creía burlada, es todo lo contrario; se halla triunfante. Ella habia intrigado en su favor!... Todo el mundo está por él, y yo era el juguete de todos... y veré llegar al ministerio á Sunderland, á Bolingbroke, y... á todos mis enemigos... No, vive Dios! Aunque me cueste la vida no te abandonaré; no dejaré asi la contienda... otras he ganado mas desesperadas! Te he de elevar

al ministerio... te he de poner en él, aunque tenga que derribarlo todo.

Nie. Basta, amigo mio, basta! Te ciega la amistad. Yo no puedo permitir que por mí te espongas de ese modo. Estás tan alterado... desde que te retiraste del ministerio para descansar te has puesto mucho peor... No, no; mejor quiero renunciar...

Val. No, no renuncies!... no pienses en eso... Hasta ahora nada hay hecho... el decreto no se ha dado todavía.

Nie. Que sabes tú?

Val. Lo sé... porque me lo hubieran enviado á firmar.

Nie. Firmarlo tú que te retiras!...

Val. No: yo quedo de ministro sin despacho hasta firmar el decreto que nombre el nuevo ministerio... y despues...

ESCENA V.

DICHOS. UN UGIER.

Ugier. (*Entregando un pliego.*) Milord, de parte del rey. (*Saluda y se va.*)

Val. Cielos!...

Nie. Qué es eso?

Val. Nada... El decreto de que te hablaba.

Nie. (*Tomándole la mano.*) Que tienes?... te has puesto malo?

Val. No, amigo mio, no es nada.

Nie. Sí tal... tienes un sudor frio.

Val. Que quieres? Hasta ahora creí que triunfariamos... que podria servir á un amigo... y no

es facil ver sin conmocion desvanecerse asi las esperanzas!

Nie. Vaya, Roberto, amigo mio, no te alteres... Yo estoy resignado á todo... Yo no lo deseaba por mí, sino por mi hija... y ya sabes que yo soy filósofo... Pero tú te exaltas demasiado por tus amigos... (*Dándole la mano.*) Ea, vamos, valor... Voy á buscar á mi hija. (*Aparte mirando á Valpol.*) Y yo que dudaba ayer de su cariño! Qué ingratitud la mia!... Ah! Nunca creí que me amaba tanto! (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

VALPOL. (*Sentándose junto á la mesa.*)

No tiene duda... lord Henrique... primer ministro... Hé aqui el decreto que lo nombra... (*Tomando la pluma.*) Y en cuanto yo lo firme, ya no soy nada!... El tendrá mi destino!... (*Dejando la pluma.*) Y si yo volviese á pedirlo... si yo le dijese al rey: esa silla es mia, me pertenece, volvédmela... porque nadie en el mundo podia derribarme... soy yo... yo mismo quien me desheredo, quien me robo el fruto de treinta años de trabajos y de penas... No puede ser... no es justo!... El rey lo sabrá... Voy á decírselo. (*Se levanta, da algunos pasos, y se detiene.*) Y á cubrirme de ridículo, á ser la risa de todos... y lo que es mas, á recibir tal vez una negativa... El rey está hechizado con mi sobrino, lo prefiere á todo, nadie podrá separarlo de él... Ademas, Sunderland y los suyos estan acelerando mi ruina, disputándose mis

despojos!... Y si el rey me lo niega!... ya no será una dimision... será una caida... una destitucion... Ah!... (*Sentándose á la mesa y tomando la pluma.*) Vamos... es preciso... es preciso resignarse!... Es preciso sufrir su suerte... Ademas, que no es tan terrible... No he deseado mil veces en mi vida lo que hoy me está sucediendo?... No lo he pedido yo mismo?... Y el descanso... el descanso, despues de tantas borrascas, no será para mí dulce y lisonjero?... Ea... firmemos. (*Llega la pluma al papel, y se detiene.*) Firmar mi propia sentencia!... firmar la reputacion, la gloria de un rival!... y convertir en ministro á un favorito que me ha robado ya la privanza del monarca... no, no... yo no puedo escribir... la mano se niega... mis nervios se destrozarian: (*Arrojando la pluma.*) es imposible!... primero morir... lo aborrezco! lo detesto!... cualquier otro en el mundo, con tal que no sea él...

ESCENA VII.

VALPOL. (*Sentado.*) JORGE. (*Por el foro con un pañuelo en la mano.*)

Jorg. (*Riendo.*) La invencion es admirable.

Val. (*Disimulando.*) El rey!

Jorg. Sois vos, querido Roberto?... Dónde está vuestro sobrino?

Val. (Siempre mi sobrino!)

Jorg. Le buscaba para contarle la aventura mas particular... Figuraos que hace un momento que entré en el cuarto de la reina, y la hallé ro-

deada de sus damas de su honor... Una de ellas con quien yo estaba hablando, tenia en la mano un rico pañuelo bordado, y en una de sus puntas un nudo que me pareció contener un billete... empecé á embromar sobre ello, y me dijeron que era una carta de muger... de la condesa de Lindsay, una dama de mucho talento, discípula de Pope. Manifesté deseos de admirar su estilo, y supliqué que me dejasen leer algunos renglones... Me lo negaron... Yo insistí... Quise valerme de mi autoridad... Se rieron de mí... Y todas ellas, inclusa la reina, me desafiaron á que me apoderase del billete. Yo aposté un broche de diamantes á que antes de la noche estaba el billete en mi poder: lo aceptaron; y en verdad que no sabia cómo salir con honor de mi empeño, y me pesaba ya haber apostado, cuando uno de mis pages que oyó la disputa... un ambiciosillo, mas amigo del rey que de las señoras, se ha apoderado del pañuelo... Yo no sé cómo lo ha hecho; lo cierto es que al entrar yo en el salon, me lo ha presentado con aire de triunfo... (*Desatando el nudo.*) Parece el nudo gordiano... bien se ve que una mano femenina ha andado en esto. No hay como las mugeres para hacer nudos.

Val. No dejan de saberlos apretar.

Jorg. Ya está desatado... (*Abriendo el billete y enseñándoselo á Valpol.*) Y podemos admirar la prosa ó los versos de Lindsay.

Val. (Cielos! La letra de mi sobrino!)

Jorg. Qué veo! (*Leyendo.*) Cecilia, adorada mia... no tiene firma... Las espresiones mas tiernas, mas exigentes... reclama la ejecucion de sus pro-

mesas. Qué audacia!... Qué insolencia!... Recibir un billete, y ocultármelo!... Quién se lo habrá escrito?... Yo lo averiguaré... yo sabré quién es el temerario... Y desgraciado de él!

ESCENA VIII.

ENRIQUE. JORGE. VALPOL.

Jorg. Amigo mio, querido Enrique, llegais á tiempo; tenia que hablaros, que consultaros sobre un negocio que me interesa... (*Mirando á Valpol.*) Un negocio de Estado.

Enr. Me parece que mi tio podrá mejor que nadie... Ademas, señor, yo no estoy nombrado todavía.

Jorg. No importa, no importa... ya es cosa hecha. (*A Valpol.*) Habeis firmado el decreto que os envié?

Val. Todavía no señor. Queria proponer á V. M. ciertas modificaciones en su redaccion.

Jorg. Bien: redactadlo como os parezca; pero que esté despachado cuanto antes.

Val. Oh cielos!

Jorg. Yo me quedo aqui con vuestro sobrino... á conferenciar sobre cierto asunto de la mayor importancia... el que os decia hace poco...

Enr. El de la guerra de España?

Jorg. Precisamente.

Enr. Ya he escrito el informe que V. M. se dignó encargarme sobre ese asunto, y... lo habia sometido al juicio de mi tio...

Val. (*Tomando el pliego de la mesa.*) Sí señor. (*Mira á Enrique. Duda un instante, y al fin*

dice con voz reconcentrada.) Ahí está!... escrito todo de su mano.

Jorg. (*Tomándolo sin mirarlo.*) Bien..

Enr. No se digna V. M. mirarlo?

Jorg. Pues no?... (*Mirándolo.*) Oh cielos!... Qué veo!... Esta letra!... (*Valpol, que ha visto la turbacion del rey, observa á los dos, y se retira rápidamente.*) Es la misma!... él es!... qué infamia!... qué traicion!... Y ella la pérfida!... (*Vuélvese y ve á Cecilia, que entra.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE. JORGE. CECILIA.

Jorg. (Ahí está!...)

Cec. (*Al rey.*) El conde de Sunderland, mí padre, va á presentarse en la audiencia que os habeis dignado concederle.

Jorg. (*Conteniéndose.*) Está bien... Le recibiré. (*Despues de una pausa, mira á Enrique y á Cecilia, que se han dirigido una mirada y bajan los ojos.*) Lord Enrique, tenia que hablaros, y puedo hacerlo delante de miladi, pues ahora recuerdo que mil veces se ha empeñado conmigo en vuestro favor, y está interesada en vuestra suerte.

Enr. Es mucha la bondad de ladi Cecilia, y sobre todo de V. M.

Jorg. Aun no lo sabeis del todo, y para empezar á probároslo os daré un consejo: Sed mas precavido en adelante. Esta mañana no me confiásteis mas que la mitad de vuestro secreto... Yo ignoraba aun quién era la que amabais,

y una casualidad me lo acaba de descubrir... (*Sorpresa de Cecilia.*) Sí señora, sí señora... Ved á cuánto podia haberlo espuesto su imprudencia si esta carta, por ejemplo, hubiera caido en otras manos que en las mias...

Enr. Oh cielos!... Pus bien, señor, ya que mi amor os es conocido, por qué no he de confesar á V. M. mis proyectos, mis deseos, la esperanza de mi vida entera?... Sí señor, ella es á quien amo.

Cec. Qué decis?...

Enr. Nada temais... No es al rey... no es á mi soberano á quien confio este secreto.

Cec. Enrique...

Jorg. Por qué lo deteneis, miladi?... Él ama... es amado... Me lo declaró esta mañana... No hay misterio en ello.

Cec. Es posible?...

Enr. Castigadme, señora: lo he merecido!... Pero cuando hablé asi, creí que vuestro nombre no se llegaria jamas á descubrir... que un eterno silencio sepultaria mi secreto y el amor que me habeis jurado.

Cec. (*Pasando á su lado.*) Callad!... callad!

Enr. Y por qué?... Por qué temblais, gran Dios!

Jorg. No lo adivinais?... porque no se atreve á oir la sentencia que la condena... porque ese amor que os ha jurado... me pertenece... es mio... ella me lo habia entregado!

Cec. Señor!... En nombre del cielo...

Enr. (*Con furor.*) Cómo! La que vos amais...

Jorg. Es ella!...

Cec. (*Al rey con dignidad.*) Basta!... basta!... Habeis atravesado mi corazon, y ya no tengo na-

da que temer... He sufrido el mas horrible de todos los suplicios... me habeis humillado á sus ojos... he perdido la estimacion del hombre que amo...

Jorg. Que amais!...

Cec. Sí señor, que amo. Esos lazos que os atreveis á recordarme, y que yo habia roto hace tanto tiempo, esos lazos que solo la ambicion pudo formar... yo me acuso y me avergüenzo de ellos; pero el amor que sentia hácia él... ese era mi orgullo y mi gloria! Sí; por amor me negué á sus votos, por amor rehusé su mano... yo, que hubiera dado mi vida por merecerla!... y no digo esto por disculparme á sus ojos, por escitar su compasion, ni por conquistar un amor que no merezco, y que he perdido para siempre!... Lo digo por mí misma, por mí, á quien vos habeis querido humillar... lo digo delante de vos, que teneis el cetro y la corona... El hombre que yo amaba, señor... es él!

Jorg. Y esa palabra es su sentencia!... Los dos que me habeis engañado...

ESCENA X.

DICHOS. UN UGIER.

Ugier. (*Anunciando.*) El conde de Sunderland.

Jorg. Que entre al instante, que entre!

Cec. (*Corriendo hácia la puerta del foro.*) Ah! mi padre!... (*Vase á impedir que entre.*)

Jorg. Sí... á sus ojos... á los ojos de todo el mundo quiero castigarla... voy al instante...

Enr. (*Poniéndose delante de la puerta.*) No señor!... no irá V. M. !...

Jorg. Osais detenerme!...

Enr. No ireis á deshonrar una hija á los ojos de su padre... Esa no es venganza propia de un caballero... y mucho menos de un rey!

Jorg. Temerario!

Enr. Sois dueño de mi vida... pero no de su honor; si llegárais á olvidar...

Jorg. Yo no olvido semejantes ultrajes... voy á castigarlos.

Enr. (*Atravesando el teatro.*) Y yo á pedir justicia...

Jorg. A quién?

Enr. A la reina!...

Jorg. (*Corriendo é él y deteniéndolo.*) Enrique!... deteneos!

ESCENA XI.

JORGE. ENRIQUE. VALPOL. *Lores y personages, generales &c. Poco despues* NIEUBROG *y* MARGARITA.

Val. Vengo á entregar á V. M. este decreto...

Jor. (*Haciéndolo pedazos.*) Es nulo, y queda revocado. He hecho otra eleccion... ya la sabreis. (*A los oficiales.*) Asegurad á un temerario que ha ultrajado á su rey... que lo ha amenazado...

Mar. (*Saliendo.*) Oh cielos!

Val. Es posible!

Nie. De qué crímen se le acusa?

Jor. (*Colérico.*) Su crímen!...

Enr. Si se llega á saber será por vos, señor, pues

yo juro guardar silencio aunque me cueste la vida.

Jorg. Y yo. (*A los oficiales.*) Aseguradlo... despues decidiré de su suerte. (*Mirando al rededor.*) Valpol, Nieubrog... vosotros sois buenos y leales.. y en el momento que me veo rodeado de pérfidos y traidores, necesito hallar amigos verdaderos: venid, seguidme. (*Se los lleva por el foro: toda la corte los sigue.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE. MARGARITA. (*Soldados en la galería del foro: un oficial á quien Enrique ha entregado su espada.*)

Mar. (*Asustada.*) Vos, Dios mio!... vos preso!...

Enr. (*Pronto á marchar.*) Ah! No es ese el golpe mas cruel! Estoy vendido, engañado por la que amaba!

Mar. Qué decis?...

Enr. Es indigna de mí!... pertenece á otro... y todo se ha acabado entre los dos!

Mar. (*Con gozo, llevando la mano al corazon.*) Ah!... (*El oficial hace una seña á Enrique, el cual da la mano á Margarita, y se va por el foro rodeado de soldados: Margarita permanece inmóvil á la derecha hasta perderlo de vista, y se va por la derecha.*)

ACTO QUINTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. NIEUBROG.

Nie. Sí, amigo mio, esto va mal para vos; os lo prevengo... yo estaba aqui, y he visto el enfado del rey.

Enr. Pues sin embargo, en este instante acaban de levantarme el arresto... tengo solo por prision el recinto de palacio, sin mas caucion que mi palabra.

Nie. Es posible!... pues el rey hace dos horas que estaba furioso. Yo no sé lo que le habreis hecho, pero lo que ha sucedido es esto. Asi que salimos de esta galería despidió á todo el mundo, diciendo con tono brusco: Perdonad, milores, tengo que hablar con Nieubrog, con él solo; y héte aqui que me encuentro en el gabinete del rey mano á mano con él. Sentaos, sentaos, me dijo, y empezó á pasearse muy agitado. Se sentó... escribió... llamó... tomad, para el lord canciller que estaba ahora poco en el salon. Despues dijo volviéndose á mí: soy

con vos al instante; tenemos que hablar del nuevo ministerio. — Yo creí que V. M. habia hecho ya su eleccion. — Vos lo conociais? — No señor, sabia solamente que habiais firmado el decreto. — Ya lo he roto. — Y empezó de nuevo á pasearse. Yo permanecia inmóvil, esperando... cuando anuncian á Valpol. — No quiero recibirlo, dijo el rey; y apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se presenta vuestro tio en la puerta. — Vengo, dijo, á hacer un servicio á V. M.: es imposible que seais vos quien ha escrito la orden que acabo de ver en manos del lord canciller. — Yo la he escrito, y la haré ejecutar, respondió el rey. Lord Enrique ha faltado al respeto de mi persona, me ha amenazado... es reo de lesa magestad: quien se atreva á defenderlo es culpable. — Pues yo lo seré, señor, esclamó vuestro tio, porque vengo á defenderlo.

Enr. Mi pobre tio!

Nie. Sí señor, continuó: no se le quita asi su título y su grado á un valiente oficial por un crímen como el suyo. — Su crímen! esclamó el rey: sabeis cuál es? — Sí señor, y os lo voy á decir... — Silencio, milord, dijo el rey con una mirada terrible. En seguida dijo dirigiéndose á mí: mi querido Nieubrog... tenia que hablaros... será despues... dentro de un rato os avisaré. — Entonces, como podreis presumir, hice mi reverencia y me marché; y al cerrarse la puerta del gabinete, oí comenzar de nuevo la disputa... Los dos hablaban á un tiempo, y distinguí la voz de Valpol, que decia: — Sí señor, lo defenderé, aunque supiera volverme á

ver encerrado en la torre... Despues ya no pude oir mas.

Enr. Ah! Mi tio es demasiado generoso... se va á perder... va á atraerse la cólera del rey... por una causa que no se puede defender... ni justificar.

Nie. Él es!... ahí está!

ESCENA II.

DICHOS. VALPOL. (*Por el foro.*)

Enr. Mi querido tio!

Val. Tranquilízate. Esto no va tan mal! Por el pronto estás libre.

Enr. Qué decis?

Val. He tenido con el rey una discusion bastante acalorada...

Enr. Ya lo sé.

Val. Que terminó bastante mal, porque S. M. no queria oir, y yo sostenia siempre, y lo repetiré en la tribuna, que en Inglaterra hay liberbertad... (*En voz baja á Enrique.*) para quitarle al rey sus queridas...

Enr. Cómo, tio!

Val. Al oir esto... me despidió de su gabinete, y yo creí que todo se habia perdido... Pero con un rey que es hombre de honor, siempre hay recurso. En fin, parece que á las dos horas, pasado ya el primer ímpetu, se ha calmado, ha reflexionado, ha conocido que mis consejos no iban tan fuera de razon, y acaba de escribirme un billete muy frio y muy lacónico, previniéndome que ha levantado tu arresto, y que sola-

mente estabas preso aqui hasta la noche, bajo tu palabra.

Nie. Eso es otra cosa!

Val. En mi carta venia otra, cuyo contenido ignoro, y que es para tí... tómala, Nieubrog.

Nie. Dámela. (*La abre temblando.*)

Val. (*Con inquietud.*) Qué es?

Nie. Déjame acabar... Qué buen rey! (*Leyendo.*) "Por lo que he visto, y sobre todo por lo que me ha dicho Valpol, puedo poner en vos mi confianza. Tengo que pediros un servicio importante: venid; os espero."

Val. Qué será eso?...

Nie. No lo adivinas?... Hay fortuna como la mia? No precisamente por el destino... que es honroso, no tiene duda!... sino por otra cosa... porque, en fin, tu sobrino está en desgracia... yo estoy en favor... voy á ser ministro... y ya podré pensar en cierta alianza de familia... á que en otro caso no me hubiera atrevido.

Enr. Ah! no soy tan dichoso... (*Bajo á Nieubrog.*) No es á mí á quien ella ama.

Nie. (*Bajo á Enrique.*) Sí, es á vos.

Enr. Será posible?

Nie. Ella misma me lo ha confiado á mí, á su padre!

Enr. (*Conmovido.*) Margarita!... y en efecto... su conmocion... (*Se dirige á Nieubrog.*)

Nie. Luego, luego hablaremos. Me está esperando el rey, y quiero dar las gracias á este buen amigo, á quien lo debo todo. Vos no sabeis cuánto ha hecho por mí!... este es el triunfo de la amistad, y si llego al poder, como ya lo creo, á él se lo deberé.

Enr. Cómo es eso!

Nie. Figuraos que esta mañana teniamos un rival, un rival temible, que los partidarios de Sunderland querian poner en el ministerio...

Val. (*Turbado.*) Nieubrog! por Dios!

Nie. No, no... quiero hablar... yo no soy ningun ingrato... yo no callo los servicios que se me hacen; los cuento en alta voz. (*A Enrique.*) Era un miembro de la cámara alta, un lord, un jóven sin opinion, sin esperiencia... por lo menos asi me lo dijo Valpol. A mí no me consta, porque no lo conozco; pero segun parece, el rey lo protegia, le habia cobrado amistad.

Enr. Oh cielos!

Val. (*Queriendo interrumpirle.*) Bien! basta!...

Nie. (*A Valpol.*) Y lo que es el decreto estaba firmado... yo lo vi en tu poder, y ya creí que era cosa hecha. (*A Enrique.*) Pues señor, nada de eso; lejos de abatirse, mi amigo Valpol redobló sus esfuerzos: yo no sé cómo se ha compuesto; pero lo cierto es que se ha dado tal maña, ha hecho tales maniobras, que á las pocas horas el favorito estaba por tierra.

Enr. Vos, tio!

Val. Yo!... Cómo!

Nie. Oh! bien me lo decias tú: lo derribaré!... Eso es lo que se llama talento, destreza... eso es lo que se llama servir á sus amigos. Si llego á verme en el poder, te tomo por modelo.

ESCENA III.

DICHOS. UN UGIER.

Ugier. S. M. espera á sir Nieubrog en su gabinete.
Nie. El rey me espera!... A Dios, á Dios... volveré á contaros lo que se haya decidido. (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE. VALPOL.

Enr. (*Despues de una pausa, viendo á Valpol que aparta los ojos.*) No puedo creer lo que acaba de decirnos!... Yo he entendido mal, ó él está en un error. Vos, señor!... vos!... habeis sido! No es posible... decídmelo vos... á vos solo quiero creer.
Val. No... él te ha dicho la verdad.
Enr. Gran Dios!
Val. A qué disimular contigo? Yo te amaba esta mañana... tú eras el objeto de mi cariño... tú te mantenias alejado del poder y de la fortuna... yo fui á buscarte... yo te conduje por la mano á colocarte en él. Ese puesto brillante y peligroso que yo dejaba, ese destino, objeto de tantos deseos, yo soy quien te lo lo ha hecho obtener, yo soy quien te lo ha dado.
Enr. Verdad es.
Val. Pues bien, asi que lo vi en tus manos, no puedo esplicarte lo que sentí... Mi amistad se iba alejando de tí, á medida que el poder te se acercaba. Este era un sentimiento que yo no

podia dominar ni vencer. Yo estaba zeloso!... sí, Enrique, el favor del rey es uno de aquellos bienes que no se pueden partir con nadie... es como el objeto de nuestro amor, que no queremos ver en brazos de otro, aun cuando lo hayamos desdeñado y abandonado! Cederias tu querida, ni á tu mejor amigo, ni á tu hermano? No!... tú le aborrecerias... eso me pasaba á mí... yo te aborrecí...

Enr. Es posible!

Val. (*Con exaltacion.*) Sí, mientras yo respire nadie pondrá la mano en mi tesoro, en ese poder adquirido con treinta años de trabajos y de tormentos. Me cuesta demasiado caro para no defenderlo; y cualquiera que se presente como obstáculo en mi carrera, cualquiera... amigo ó enemigo, que quiera detener el carro de mi fortuna, se verá atropellado por él.

Enr. Gran Dios!

Val. (*Conteniéndose.*) Ah!... te aterras... dudas lo que estás oyendo... no puedes concebir la violencia de una pasion, que lejos de amortiguarse con la edad, toma nuevas fuerzas cada dia! Sabe, pues, que esta es la única pasion que he sentido... nunca he tenido otra... déjamela!... no me la envidies... serias tan desgraciado! Nunca he gozado como tú las ilusiones del cariño, nunca el amor de una muger ha hecho palpitar mi corazon, nunca me han amado, yo no he amado á nadie!

Enr. Ah señor!

Val. Tú me aborreces!

Enr. No... os compadezco.

Val. Tienes razon... porque asi que abato á mis

pies al enemigo que me resistia, semejante al soldado, cuyo valor se apaga cuando cesa el combate, tambien mi resentimiento desaparece con el que me lo ha inspirado. Me da horror de mí mismo... me avergüenzo de mi frenesí... aborrezco mi triunfo, y quiero espiarlo. Tú, por ejemplo, apenas caiste te alargué la mano, te volví mi amistad, corrí á defenderte delante del rey... por tí, por tí hubiera arrostrado su venganza, su cólera, su desgracia tal vez!... porque ya te amo de nuevo... ya has vuelto á ser mi hijo, mi sobrino querido! Pídeme mis bienes, mi sangre... todo te lo daré; pero el poder!... en vano lo intentaria; eso es superior á mis fuerzas. Ya ves... Nieubrog... mi antiguo amigo... tan honrado, tan poco temible... Pues bien! en este momento, por mas reflexiones, por mas esfuerzos que me hago... ya no le amo... qué mas?... ahora poco, cuando me hablaba... sentí conta él impulsos de odio y de zelos: esa intimidad, esa confianza con que el rey le honra... todo eso le convierte en mi mortal enemigo!... y á pesar mio estoy imaginando ya los medios de derribarle! Calla... Aqui viene...

ESCENA V.

ENRIQUE. MARGARITA. NIEUBROG. VALPOL.

Nie. (*Llevando del brazo á Margarita.*) Ven, hija, ven... salgamos de este palacio.

Enr. Qué ha sucedido?

Val. Qué! No eres ministro?

Nie. Yo!... todo se ha concluido.

Val. (*Con gozo.*) Oh cielos! (*A Nieubrog con ternura*) Amigo mio... mi querido amigo!...

Enr. Pues qué ha pasado?

Val. Y ese servicio que el rey te pedia?

Nie. Te lo hubieras imaginado nunca! Queria saber de mí si efectivamente tus fuerzas y tu salud estaban tan debilitadas cumo yo le habia dicho: y me preguntó si yo queria, bajo secreto inviolable, y sin que pareciese cosa suya, pesuadirte á que retirases tu dimision.

Val. Será posible!

Nie. Tranquilízate. Yo me he negado... habia de ir á esponerte, á comprometer la vida de un amigo! Le dije que sola la eleccion de un sucesor te habia puesto malo. (*A Enrique.*) Y es la verdad! (*A Valpol.*) Y que tu salud no te permitia ni aun encargarte de la composicion del nuevo ministerio. Entonces fue ella! Se enfadó, se puso furioso, y me dijo secamente: Pues no hablemos mas.... no necesito á Valpol para nada... mi eleccion está hecha! Entonces yo me acerqué, y con palabras balbucientes le di las gracias. — Vos, doctor! He pensado yo nunca en vos! esclamó, volviéndome la espalda: y como yo permanecia alli aturdido, inmóvil, indignado... añadió bruscamente: Bien, bien... no os quiero detener mas. Lo cual queria decir: vete. Y habia yo de estar aqui un instante mas!... habia de esponerme, como esa turba de palaciegos ambiciosos, á los desprecios, á los caprichos de un rey!... yo!... hombre libre é independiente!... no, voto á Dios!... (*A Valpol.*) Tenias razon esta mañana en

querer dejar la corte: la dejaremos juntos! Sí, yo me voy al instante con mi hija... con mi pobre hija!... porque ahora, ya conoceis, lord Enrique, que nada de lo que os dije...

Mar. Qué cosa, papá?

Nie. Nada, nada! (*A Enrique.*) Olvidadlo.

Enr. Jamas! (*Mirando á Margarita.*) Pero dadme al menos tiempo para hacerme digno de tanta dicha.

Val. El rey!

ESCENA VI.

MARGARITA. NIEUBROG. JORGE. ENRIQUE. VALPOL.

Jorg. (*Sale pensativo, y viendo á Nieubrog le saluda afectuosamente.*) Perdonad, querido Nieubrog, que os despidiese tan secamente. Contad en todos tiempos con nuestra real preteccion: agradezco vuestro celo y vuestros consejos, y aunque hayan sido inútiles las tentativas que se han hecho con vuestro amigo...

Val. Pero señor...

Jor. Basta, Valpol; no insisto mas: mi eleccion está decidida. (*Despues de una pausa.*) Lord Enrique, me he portado mal con vos!

Enr. (*Inclinándose.*) Ah señor!...

Jorg. (*Con intencion.*) Y con otros tambien... pero todo quiero enmendarlo. El conde de Sunderland deja hoy mismo la Inglaterra... se va con toda su familia á nuestros Estados de Hannover, donde lo he nombrado gobernador general.

Enr. Ah! reconozco á mi rey.

Jorg. En cuanto á vos, milord, he leido el informe que me habeis presentado sobre la situacion actual del reino y sobre la guerra con España. Convencido de vuestros talentos, como lo estaba ya de vuestra lealtad y franqueza, quiero recompensar en vuestra persona los largos y gloriosos servicios de vuestro tio; y puesto que él insiste en dejar el poder, y con harto sentimiento mio se empeña en retirarse de los negocios, os nombro á vos en su lugar mi primer ministro. (*Turbacion de Valpol.*)

Nie. Cielos!...

Enr. (*Echando una mirada á su tio.*) Yo ruego á V. M. que me disimule... pero estoy decidido á no admitirlo.

Val. Es posible!...

Enr. (*Aparte tomándole la mano.*) Sí señor, para que sigais amándome siempre. (*Al rey.*) Renuncio, señor, por interes vuestro, pues gracias al cielo, puedo presentaros para desempeñar ese destino otra persona mas á propósito que yo.

Jorg. Qué decis?

Enr. Que desde esta mañana le he rogado tanto, le he suplicado tanto á mi tio, que al fin consiente en volver á inmolarse á la salud del Estado: renuncia la tranquilidad que deseaba, retira su dimision, y está pronto á volver á entrar en los negocios.

Jorg. Será posible!... Y á vuestras instancias debo tamaño sacrificio! (*Pasando junto á Valpol.*) Querido Valpol, jamas olvidaré esta prueba de amistad y patriotismo.

Val. V. M. lo exige!... será preciso volver á

atarme á esa cadena, que deseaba, y no puedo romper.

Nie. (*Que ha pasado á su lado.*) Pero, amigo mio, estás en tí!... Mira que antes de un año te mueres!

Val. Podrá ser!... (Pero moriré ministro!!!)

FIN.

Se hallará en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas.*

Esta comedia es propiedad legítima de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.